

MARTIN GIL

**MODOS
DE VER**

1903

MODOS

DE VER

Lermov 51-6.3

..

MARTIN GIL

**MODOS
DE VER**



CÓRDOBA

1903

« MODOS DE VER »

Título original y sugerente. Y tan expresivo, que aun usando la frase en sentido inverso, siempre resultaría interesante como materia de un libro, pues así como existen modos de ver, hay también modos de *no ver*, de los que pueden dar ejemplo, el deudor, el eterno boer del *inglés* eterno, que cuando tropieza á boca de jarro con su perseguidor, apura el paso, mirando hacia otro rumbo; las empresas periodísticas respecto á los triunfos de sus rivales; los padres de familia con las barbaridades de los chicos; los médicos, que mientras examinan al enfermo, están mentalmente sumando honorarios; los políticos de cierta especie con relación á las necesidades públicas; los gobernantes en las reclamaciones

legítimas de la oposición, y la oposición con los actos meritorios de los gobernantes; los letrados respecto á las razones de la contraparte; los jueces, para la augusta imagen de la diosa Themis; los literatos de oficio respecto á las producciones de sus congéneres; las mamás, que para asegurar el novio de su hija, cometen distracciones intencionadas, ejercitando una táctica matrimonial, cuyo resultado equivale en ocasiones, al que obtienen en la guerra esos profundos estratégicos que proponiéndose, con simples escaramuzas, atraer al enemigo al campo que les conviene, les ocurre, que, cuando sólo la vanguardia estaba autorizada para entrar en guerrillas, se compromete en la acción el grueso del ejército. Y para generalizar el caso, diré que existe el modo universal de *no ver* consistente en ver tan solo lo que es concordante con el propio interés ó el propio temperamento. El modo más común de *no ver* las cosas, es mirarlas del lado en que proyecta su sombra nuestra persona.

Así por ejemplo, en asuntos de crítica literaria, se ha dicho con verdad que la censura y el elogio, son un resultado de discordancias ó afinidades morales. Constantemente se nos ofrece la prueba de que en el orden intelectual puede decirse con

tanta exactitud como en todo lo demás: dime lo que te agrada y te diré quien eres.

Verbi gracia: Voltaire no estima á Shakespeare. ¿Y cómo había de apreciarle si le pasaba lo que á un jardinero del Parque de Versalles que acostumbrado al cultivo en terreno delineado á compás, no concibe en presencia de una selva vírgen, las extensiones que abarca el compás de Dios!

El elegiaco y sentimental Lamartine, un gran retórico de lo afectivo, estudiando la literatura italiana, pone á Petrarca, un pasional artificioso, muy por encima del Dante, realista de las realidades absolutas.

Los adeptos de esa estética contemporánea que reproduce el fenómeno mental del gongorismo, los místicos de la frase, los alquimistas de la palabra, los degenerados del arte, los sujetos de una patología que empieza á ser clasificada por la ciencia, se canonizan entre ellos como santos de la nueva religión de lo bello, y consagran en el pontificado del génio, á los *poetoides* del decadentismo. Son modos de ver.

Yo también tengo los míos; y en materia literaria resultan raros á fuerza de ser sencillos. Donde se ha hecho común lo artificial, parece exótico lo natural, y estemporáneo lo espontáneo. En un banquete á la moda, con *menú* á la francesa, sería seguramente extravagante ocurrencia la de un comensal

que se hiciera servir un churrasco á la criolla. Y para criticar esa falta de buen gusto, no se tendría en cuenta que el asado al asador es tan clásico que ha sido nada menos que tema favorito del canto homérico, en estancias de que parece disfundirse el olor y el ruido especial del jugo de la carne derritiéndose en las brasas. Y ese alto honor no lo han merecido ni el roast-beef ni las tajadas de pavo con que en las comidas de tono se reemplaza el manjar de los héroes de Troya, y de los argentinos de otros tiempos. Eran bárbaros, dirán los modernistas, como bárbaros nos llaman á los que en la producción intelectual nos gusta la naturalidad, la sencillez y el nacionalismo en los asuntos.

Espero que el autor de este libro no se sentirá mortificado de que á propósito de su obra encuentre analogías entre lo literario y lo culinario. Dentro de mis ideas, no cabe mayor elogio para un escritor nacional que el que resulta de esa comparación, tratando de caracterizar con ella los atributos que mejor recomiendan un trabajo mental en el sentido de una obra sana, tónica y jugosa. Concreción de sangre y fibras.

Y esto es, precisamente la prosa de Martín Gil; lo que no excluye ni el vuelo de la fantasía, ni las amplitudes del pensamiento, ni aun las elegancias de la forma

en la medida directa, ultrapasada la cual, el lenguaje se afemina y se recarga de preciosuras al estilo chinesco.

El modo de escribir, depende en gran parte «del modo de ver». Los que saben mirar y sentir la naturaleza son los únicos que pueden pintarla. Y no todos poseen la aptitud de observar; hay muchos escritores que describen paisajes y accidentes del mundo exterior, rasgos de la vida y ejemplares de la humanidad, por impresiones de reflejo; transforman lo que han leído. Simple procedimiento de destilería. Los unos, para referirme sólo á los contemporáneos, destilan un poco de Spencer, los otros algo de Schopenhauer, los de más allá, esprimen á Nietzsche. Ya no se imita el lirismo profético, sacerdotal y apocalíptico de Victor Hugo; se empieza á reaccionar contra el naturalismo á lo Zola, que contrariamente á su propio dogma literario y la opinión comunmente difundida, representa en la evolución intelectual de Francia, una segunda faz del romanticismo, la del romanticismo del lodo, tan distante del realismo verdadero, como el romanticismo de lo azul y lo etéreo.

Pero si cambian los modelos, el hábito de la imitación continua y se acentua. Y no es solamente un mal nuestro, sino de toda la América latina, que se vá transfor-

mando en cuanto se refiere á la producción literaria, en sucursal del barrio latino. La mayor parte de los libros nuevos de escritores de Méjico, Colombia, Venezuela, Chile, Brasil y de nuestro país, — algunos revelan grandes talentos extraviados, — marcan la misma tendencia á reproducir estados mentales y formas de la vida, extrañas ó antitéticas al medio pródigo.

El exotismo en los temas y en el estilo es la característica de la literatura americana en voga. Si por accidente se toca un asunto nacional, queda desfigurado por la manera de tratarlo aplicándole las reglas y procedimientos de los estetas parisienses. Todo se sacrifica en homenaje á su señoría el Adjetivo y su alteza el Verbo.

El sentimiento, la razón, la verdad, la gramática, el buen sentido, la lógica y hasta la misma inspiración, ese impulso interior, fuerza reveladora de las realidades invisibles, todo se subordina y se pronsterna al imperio de su Magestad la Frase.

No niego ni el talento ni el arte de los escritores y de las obras á que me refiero, como no había derecho ni motivo para desconocer el ingenio y la belleza de las damas que se disfrazan: pero en tanto que están disfrazadas, pierden su individualidad real para sustituirla por una in-

dividualidad ficticia, representada por el traje.

Es indudable que así como puede mostrarse elegancia, atractivos de formas y habilidad artística, en imitar con disfraces las modas de la Regencia, del Consulado ó la Restauración, también se revelan aptitudes, á veces sobresalientes, reproduciendo en las obras intelectuales modos de ver, tipos humanos y peculiaridades del pensamiento, que allí donde se producen originariamente, son una realidad, pero cuya copia, dentro de un medio distinto, es siempre una ficción, que, como las mascaradas, tienen su encanto y su éxito momentáneo, pero que pasan y desaparecen en el limbo insondable de lo inexistente, donde va todo lo nacido que no recibe en el gran bautisterio de la naturaleza, una consagración de la vida . . . !

Este libro, tan originalmente rotulado y tan sinceramente escrito, aunque careciera de otras condiciones que lo recomendaran á la atención y al aprecio público, siempre tendría la de constituir una honrosa excepción á la tendencia malsana de la literatura de puro artificio.

Por modesta que aparezca en sus proporciones y en su alcance el trabajo que contiene, posee el mérito relevante, como los anteriores del autor, de ser una obra

con personalidad. Y lo que tiene personalidad, mala ó buena, chica ó grande, desafortunada ó venturosa, es más apreciable que los simples trasuntos de realidades estrañas, por brillantes que sean las formas con que se exteriorizan. Un pequeño diamante verdadero vale más que un collar de piedras falsas.

Pero aquella condición señalada como circunstancia honrosa en las producciones de Martín Gil, es á la vez un derivado y una causa de cualidades especiales que podrían particularizarse analizando el libro.

Su joven autor tiene ante todo el don innato de la observación, y digo innato con perdon de los peripatéticos porque no encuentro forma mejor para diferenciar una cualidad desarrollada por el esfuerzo y el estudio, de la aptitud que en Gil se revela espontánea y natural para discernir lo real en lo visible y á veces más allá de lo visible. Sabiendo él que no todo lo visible es real ni todo lo real es visible, aparta con frecuencia la vista de lo inmediato y la dirige á lo remoto . . . con ayuda naturalmente del telescopio.

Y cuando no le basta ese aparato de exploración astronómica, le añade el vidrio de aumento de su imaginación. Pero á veces mientras investiga el espacio, su telescopio parece convertirse en el cañón de

Julio Verne, por donde se le escapa la fantasía á modo de proyectil disparado sobre un blanco movable, en fuga hácia el infinito.

Pero se apea, y escondiendo las alas de Icaro bajo un poncho campesino, camina por los rastrojos, saludando la obra de patriotismo que realiza silenciosamente el arado; espía de paso lo que hacen las gallinas, se retiene á mirar la acequia, esa colaboradora olvidada del poema del surco; se sienta bajo los talas en la orilla del río, á ver bajar la hacienda al agua, y la *vé* realmente. Todos los demás hemos mirado cien veces la misma escena sin que se individualice en nuestra memoria. Pero después de leer la descripción de Gil, el cuadro se nos queda grabado y los rasgos con que él lo presenta, nos parecen más exactos que la realidad de nuestros propios recuerdos.

Este es el triunfo de la obra de arte verdadera: con medios simples, con los elementos á veces los más sencillos y primarios, alcanza reproducciones de la naturaleza y de la vida, que adquieren luego existencia propia en el mundo del espíritu.

Dentro de la limitada esfera á que aun circunscribe Gil sus dotes de observador, se manifiesta en sus producciones algo de ese poder de evocación cuyo desarrollo en

grado altísimo, forma en la labor intelectual, la fuerza y el éxito de los grandes.

Sabe mirar hacia arriba y hacia abajo. Su estilo tiene alma, con imágenes y jiros que corporifican la idea, humanizan lo abstracto y vivifican lo pequeño.

En curiosas personificaciones, hace dialogar á la Noche con la Pampa sobre asuntos trascendentales, espuestos con un lenguaje lleno de relieve y colorido, en el cual la reflexión filosófica y la verdad científica se convierten en materia asimilable aun para los profanos.

Pone en las cuestiones más solemnes, notas vivaces de humorismo criollo. Tiene con las constelaciones familiaridades de asiduo visitante; reportea á los astros, con la naturalidad de los viejos periodistas á los personajes ilustres. Cuando su pensamiento se remonta al mundo sideral, se conduce como un verdadero reporter del espacio, que nos informa de las últimas novedades que ocurren en las oficinas de la creación. Y después de atisbar allá arriba la Casa de Gobierno de Dios, diciendo á la tierra y se convierte en cronista de la naturaleza campestre, que describe la «vida social» de la montaña y la selva, con relatos sobre las festividades de la primavera; los noviazgos de las flores; el malicioso exhibicionismo de las mariposas, esas *cocottes* del aire;

las temporadas líricas en que descollando sobre tiples y sopranos, acredita el zorzal su voz de tenor; y con descripciones de la gran ceremonia nupcial en que el Sol se desposa con la Tierra, bajo la iluminada catedral del firmamento.

En la antigua mitología germánica, el símbolo de la naturaleza era el gran árbol Igdrásil, cuya copa se remontaba al cielo y cuyas ramas cubrían el horizonte. Relacionando esa alegoría con nuestro tema, la intelectualidad de Martín Gil, se presenta en este libro, como un ave, que ora desciende á picotear la brizna de yerba al pié del tronco, ora se posa en una rama, ó revolotea en la cima del árbol inmenso, emblema de la vida.

Buenos Aires, Junio 28 de 1903.

JOAQUÍN CASTELLANOS

*Un recuerdo á los que me
alentaron en mi primer ensayo
" Prosa Rural " y á su
prologuista, el distinguido
escritor Dr. Cárcano.*

M. GIL.

MODOS

DE VER

CIELO Y TIERRA

I

CIELO Y TIERRA

(PRIMAVERAL)

No ha mucho que el Sol se despidió del hemisferio norte, despues de haber andado de ronda durante seis meses por sus dilatados dominios, derritiendo nieves y montañas de hielo, es decir, poniendo en libertad al agua que el frío aprisionó en blanca celda; desencadenando trompas y ciclones, dorando espigas y racimos, azucarando frutas, incendiando corazones, infundiendo vida, movimiento y brillo, en una palabra: haciendo vibrar armoniosamente á la naturaleza toda, cual un instrumento de mil sonoras cuerdas. Con su disco de fuego,

cortó al ecuador celeste sobre la constelación de la Virgen, actual puerta de escape por donde sale de sus posesiones boreales y entra á las australes, suyas también. Sin embargo, estas puertas van cambiando lentamente con los siglos.

Su llegada no tomó de sorpresa á las plantas, pájaros é insectos: lo sintieron venir y se apresuraron á vestirse de gala para festejar su arribo, como las aldeanas de la vieja Europa cuando se anuncia el paso de su rey ó emperador.

Pero antes de que la aurora llegue en su rosado carro tirado por blancos caballos, al decir de los griegos, contemplemos la noche que todavía reina sobre su trono de ébano, al que muy pronto tendrá que abandonar, cuando sienta el tropel de los caballos blancos y se abran de par en par las puertas del oriente.

Son las tres de la mañana. Las montañas dormitan agrupadas é inmóviles como enormes dromedários. Se experimenta esa sensación indefinida originada por el silencio en las regiones montañosas. De vez en cuando, una oleada suavísima de aire, trae

envuelto en sus pliegues algo así como un leve suspiro del arroyo lejano. Es la sonrisa del agua. La cinta cristalina, al deslizarse serpenteando en la obscuridad de la noche, se despide así, casi en secreto, de una piedra amiga ó de una flor protegida. ¿Volverá á verlas ó tocarlas? Quizá, si en su viaje no la traga el arenal y al Sol se le ocurre levantarla con sus rayos, convirtiéndola en blanca nube. Entonces podrá contemplar de nuevo sus montañas queridas, cerniéndose en lo alto. Pero no tardará mucho en volver á su estado de serpiente y comenzar de nuevo su peregrinación eterna, porque el agua de las montañas jamás se detiene ni descansa: es como el pensamiento, anda, anda siempre, en busca de su nivel, la verdad.

A esta hora, las estrellas parecen afebradas, ¡de tal manera laten sus corazones de diamante! Su agitación es inusitada; algún peligro las amenaza. ¿Será que presienten su derrota con la llegada del Sol?

Más aquí á mi lado, algo brilla sobre un trípode: es un telescopio refractor de origen alemán, el país de las lentes sin igual

y de la mejor cerveza. Está ansioso por arrojarse en las profundidades de este cielo, nuevo en parte para él, y surcar las ondas diáfanas del éter, donde pululan, como en el fondo del mar, los peces luminosos del espacio.

Hagámosle el gusto, veamos.

Hacia el norte, van pasando las Pléyades, ese grupo delicioso de seis pequeñas estrellas á simple vista. Son las vírgenes que acompañan á Diana, huyendo de Orión, el cazador. A sus ruegos, fueron convertidas por los dioses en siete palomas blancas y colocadas en el cielo. Y allí van volando todavía, siempre unidas, porque el mismo temor las impulsa, agitando sus alitas de alabastro, suaves y brillantes. Todas lucen y tiemblan como escamas de nácar arrojadas al espacio por mano invisible. Pero apuntando al centro del grupo con el anteojo, se presencia un bello espectáculo, porque entonces, las siete palomas se extienden y separan como espantadas, brilla su plumaje, y por entre los claros que ellas dejan, surge una multitud de estrellitas telescópicas, como si el instrumento fuera un halcón,

que al perseguir y dispersar á la pequeña bandada de palomas, hubiera puesto en alboroto a un enjambre de picaflones.

En Octubre, á las tres de la mañana, el cielo es un jardín. Es el mismo que corresponde á las primeras horas de las noches de verano, así que anticiparse á gozar de él, es como si dispusiéramos de una parte del cielo en invernáculo. Las mejores flores del jardín están abiertas, y si las verdaderas flores embalsaman el aire con sus perfumes, estas otras embalsaman el espacio con sus fulgores.

Detrás de las Pléyades, y más cerca de nosotros, siguen sus hermanas las Hyadas, las divinidades pluviales, siempre llorando la muerte de su hermana Hyas. Forman una V ó un compás, y en el extremo de uno de sus brazos, resplandece una linterna roja: es Aldebarán, el ojo del Toro.

El Tauro despide chispas por su ojo de fuego al verse amenazado por Orión. La hermosa estrella, con su luz de púrpura, envuelve á las humildes Hyadas, las que palidecen y tiemblan de terror. No muy lejos de ellas encontramos al Tahalí, las tres

Mariás: viajan sobre el ecuador celeste como para no extraviarse, y van escoltadas de uno y otro lado del carril por dos espléndidos guardianes, Betelgueze y Rigel. Llevan también una servidora: Bellátrix, delante de Betelgueze. Este guardián es rojo, de aspecto inquietante: para mí, va con malas intenciones. Las tres damas no debieran darle mucha entrada. En cuanto á Rigel, pueden ir tranquilas: su luz blanquísima y pura habla muy en su favor. De Rigel, bajando exactamente al frente, no muy lejos del horizonte, encontramos á Capella, la hermosa estrella del Cochero, aleteando suavemente, como una gran mariposa de alas rojo-verdosas. Al este, sobre el rastro de Betelgueze, viene Proción, en el Can menor, y siguiendo á Rigel, al sud-este, va Sirio, en el Can mayor. Indudablemente es un lindo par de perros el que lleva Orión. De Sirio, corriendo la mirada al Sud, damos con Canopus. ¡Sirio y Canopus! dos grandes soles brillando en la inmensidad; dos monarcas del cielo, celebrados por pueblos perdidos ya en tiempos

lejanos. Los pueblos desaparecieron, se pulverizaron y fueron barridos por la gran escoba, mientras tanto los soles siguen alumbrando como si tal cosa. ¿Será que nunca se les importó nada de sus admiradores?... No turbemos el tranquilo coloquio de los hermanos inseparables, Cástor y Pollux, que van unidos de la mano, allá al Norte de Proción. Lo que sí, sepan los antiguos griegos que no son dos hermanos sino tres, pues el antejo nos dice que Cástor es una estrella doble. Es un hermano de última hora — dirían los griegos. Por lo visto no conviene andar hurgando parentelas.

Pero allí en la espada de Orión, junto á las tres damas, se nos olvidaba una hermosa joya.

Es la gran nébula Orionis, tan celebrada por la ciencia, tan admirada y alabada por todos los astrónomos; Miremosla. Magnífica es sin duda! Parece un fantástico nido de tul blanco pendiente del cielo, conteniendo en su centro, cuatro huevitos azules. Estas cuatro estrellitas pequeñísimas son las que forman el mentado trapecio de la

nébula (1), destacándose como incrustadas dentro de su masa lechosa. Brillan también otras, esparcidas sobre, ó dentro de la nébula, lo que da idea de piedras preciosas engarzadas en ópalo.

La fama universal de que goza la nébula de Orión, se debe sin duda á dos causas principales: á que es algo así como una nébula *pública*, por la posición que en el cielo ocupa, pues se encuentra casi sobre el ecuador celeste, vale decir, accesible desde cualquier punto de la tierra, y por que desde Europa no se puede columbrar otra más *fácil* y brillante, según dicen. Nosotros los salvajes de South-América, disponemos de nébulas y cúmulos más grandiosos en las regiones circumpolares de nuestro cielo. Allí están. Pero no hay más tiempo.



El alba se inicia con cierto resplandor suavísimo de nácar azulino. El cielo estrellado, cual una hermosa visión, comienza á

(1) Con los más grandes telescopios resultan siete.

desvanecerse lentamente en un mar traslucido y sereno. Hacia el levante, el color de nácar, poco á poco se vuelve anaranjado; las nubes más altas se tiñen de rosa, después se doran, se platean, se inundan de luz. La alegría de la vida crece y se esparce con rapidez. Los pájaros cantan prometiéndonos un hermoso día.

Mirad al este: un gran manojo de lucientes espadas, anchas y filosas, rasgan el horizonte con salvaje energía: son los sables de la caballería del Sol, que á sangre y fuego vienen abriendo paso á su gran emperador. Entonces se descubren las montañas azules, semiesfumadas entre la niebla, la que al verse sorprendida por la luz, asciende rápidamente, envolviendo al pasar, con sus jirones de blanca gaza, los árboles y picos de la sierra.

Las lomas vestidas de oro por el espinillo en flor, brillan como de seda, perfumando el aire.

Oyese la carcajada cromática de la *chuña* silvestre, que empinada hacia arriba, mirando al cielo, saluda gozosa al nuevo día. Los zorzales de pico rojo ó amarillo, posa-

dos sobre lo más alto de los sauces, silban con entusiasmo sus canciones montaraces; parecen que dijeran ¡viva el Sol! Pronto las higueras se cubrirán del fruto renegrido para enterrar nuestros picos hasta los ojos, en su pulpa granulada y roja. Las verdes cotorras, que en medio de una charla infernal, cuelgan sus nidos de los álamos gigantes, les contestan: nosotros esperamos las manzanas vidriadas, las peras fragantes y los choclos tiernos. Nosotros las flores almiaradas—dicen los picaflores—zumbando y brillando en todas direcciones.

En los rastrojos, donde el color amarillo de la caña del maíz lucha todavía con el verde naciente, relampaguea de vez en cuando la reja del arado. ¡Surco! grita el arador, con dulce y viril acento, infundiendo ánimo á los bueyes. La yunta se estira con el esfuerzo, levantando algo las cabezas oprimidas por el yugo; rechinan sus muelas poderosas, brillan al sol sus húmedos hocicos, cruje la tierra, y el arado marcha. Siguiendo el tajo fragante, van los tordos, comiendo los gusanos que la reja ha puesto en descubierto. Por cualquier motivo, estos

pájaros nerviosos vuelan en bandada, pero despues de teñir el cielo azul de un negro brochazo, caen de nuevo sobre la chacra, describiendo en los aires una ondeante curva, cual obscuro y lustroso abanico. También hormiguan millares de palomitas hambrientas, las que al volar producen un fuerte redoble ¡*prrrrrr!*

En los bajos ó pequeñas quebradas, sonríen las huertas, exhalando un fresco hábito: parecen salones de baile en donde predomina la nota rosa del durazno en flor y el blanco purísimo de los membrillales.

En el suelo, los canteros de verdura invitan á una ensalada matinal. La humilde acequia, huérfana del arroyo murmurador, corre silenciosa por entre violetas y botones de oro, hasta dar con el pequeño bordo de tierra que el quintero ha preparado para desviarla: llega y se detiene como sorprendida, mira los piés del hombre que la espera inmóvil con la pala en la mano; remolinea indecisa; parece disgustada, más en seguida obedece y entra al cantero, recojiendo al pasar, con el mayor cuidado, toda la basura liviana que encuentra

en el camino, cual prolija y discreta sirvienta.

Arriba, en las lomas, entre las grietas de las piedras ó sobre las pencas enanas, brilla la tela de araña, en forma de embudo ó tromba marina. Mil gotas de rocío tiemblan pendiente de su malla tenue, mientras que su dueña, la incansable hilandera, trabaja afanosa, quizá cantando como Margarita, al compás de las vueltas del huso.

En las casas, á medio día, las gallinas se desgranán poniendo. El cacareo es general, y á los gallos les falta el tiempo materialmente para contestar á tanto aviso simultáneo de huevos recién puestos. ¡Cacacaráa! se oye á todos rumbos. ¡Coróo! dicen los gallos, escarvando en la basura, mientras las nidadas blanquean en todas partes: dentro del horno, en las barricas y en los yuyales.

Los pavos parecen que ya revientan de tanto inflarse: la cara azul-violácea, granate el cuello y garganta, de donde cuelgan racimos de guindas maduras. Erizados y rígidos, avanzan unos cuantos pasos detrás

de las pãvas con toda solemnidad, produciendo cierto ruido de papel arrastrado, y al detenerse, óyese un lejano estampido de cañón. Mientrastanto, las pavas, como si les hablaran en latin.

Se oye el jadeo anhelante del pato criollo retacón, que camina á duras penas, como esos viejos reumáticos y obesos de rostro amoratado. Todo su pescuezo se mueve de una pieza, oscilando con fuerza al compás del jadeo, como una palanca en forma de S. Las *patas* adelante, ni más ni menos como las pavas.

Las gallinetas ó pintadas, con sus trajes grises salpicados de blanco y sus caritas almidonadas como payasos de circo, nos gritan con afan que toquemos no sé qué — *¡tocá, tocá !*

A la caida de la tarde, los tordos se reúnen en bandadas para dormir. Mientras se acomodan, cantan ó rezan—no estoy seguro—sus oraciones vespertinas. Es un desconcierto delicioso: no siguen ninguna melodía; cada cual tararea como puede su *leit-motiv*, pero el conjunto es algo inimitable y exótico: muchas cajas de música ó cilindros

tocando simultáneamente, darian una idea aproximada.

Comienzan á pasar las bandadas de loros en dirección á sus dormideros. Desde muy lejos se les oye venir discutiendo en alta voz como colegiales en marcha.

Algún buitre retardado pasa también, pero en silencio, cortando el aire con sus dos guadañas empavonadas.

El blanco plateado de las nubes, se disuelve en oro, el oro en rosa, el rosa en sangre, triunfando por fin el color plomo.

Ha llegado la noche. En las huertas y los bajos húmedos, se percibe un enorme parpadeo luminoso: son las luciérnagas con su luz oscilante. Al poniente, en el cielo azul-oscuro, cual un fino colmillo de jabalí, está la luna nueva. Las ranas le cantan en coro.....

PATO HEDIONDO

II

PATO HEDIONDO

Un cazador de ocasión, observador y filósofo por temperamento, de espíritu analítico y sagaz á quien yo mucho quería, mató en sus andanzas cinegéticas, uno de esos patos negros de cuerpo aplastado y cabeza de víbora, que suelen verse como pegados en las grandes piedras de nuestros arroyos y á los que nadie molesta por ser « pato hediondo ».

Cuando nuestro hombre llegó con su pato á la linda casa en donde se hospedaba, fué recibido con ruidosa hilaridad: la gente reía á carcajadas, alguien disculpaba el error del cazador, pero las mujeres, sobre

todo, se apretaban la nariz y mirábanse á los lados, como dispuestas á huir.

— ¡Puff, el pato hediondo!

— ¡Solamente á V. se le puede ocurrir matar un pato hediondo!

— ¡Dios mío que disparate!

— ¿Y para qué lo trae?

— Para que lo comamos en el almuerzo — dijo el cazador.

Todas las manos se dirigieron hacia él, y una exclamación, mezcla de terror y asco, hizo vibrar el aire. Hubo arcadas y escupidas.

— Pero, díganme con calma, señoras y señores ¿han probado alguna vez un pato hediondo?

— ¿Nosotros? ¡Sólo que estuviéramos locas de remate!

— ¿Y Vv. caballeros?

— ¡No, hombre! cómo quiere...!

— Pues entonces probémoslo, y en último caso que me lo preparen para mí: experimentaremos, — dijo el cazador. —

La cocinera se apoderó del pato.

Cuando en medio del almuerzo apareció la sirvienta con el pobre animal tendido de

lomo sobre una gran fuente de porcelana floreada, engalanado con brillante lechuga, discos de tomates rojos y redondelas de huevos; las canillas tiesas y envueltas en papel picado, parodiando calzones, el pescuezo en forma de interrogante y las alas contraídas y rígidas, un profundo silencio reinó en el comedor. Sin embargo, en todas las caras relampagueaban risas ocultas, comprimidas, prontas á estallar como bombas al primer contacto.

— ¡Vamos á ver, traigan para aquí ese animal! — dijo el interesado — haciendo cruzar el trinchanté contra la chaira.

— Quién se anime á comer esto, que avise — agregó — y la hoja reluciente del cuchillo se hundió silenciosa en el cuerpo del pato, buscando con afán sus coyunturas.

— La verdad es que no se siente ningún mal olor — replicó la señora dueña de casa, con cierta indecisión, pero alcanzando el plato para que la sirvieran.

Sea por imitación ó por lo que se quiera, el hecho es que todos siguieron el ejemplo de la valiente dama y probaron el pato.

— ¡Delicioso! — exclamó la señora, en plena lucha con un muslo.

— ¡Espléndido! ¡Riquísimo! — dijeron todos en coro.

— Pero ¿quién habrá sido el bruto que se le ocurrió llamarle pato hediondo? — refunfuñó el viejo abuelo, chupeteando una ala con fruición, y haciendo chasquir su labio caído y embadurnado de aceite.

— ¡Vean no más las consecuencias de un prejuicio! — dijo. — Si no hubiera sido ese animal — y no me refiero al pato — no sería yo quien viene á probar esta delicia allá á los setenta años, cuando un estornudo es capaz de hacerme volar los pocos dientes que en mi boca bailan la danza macabra. — ¡Ah, los prejuicios! — prosiguió el abuelo, meneando la cabeza y haciendo correr por sus labios el ala del pato á estilo de flauta.

— Los prejuicios, con todas sus variaciones y corolarios — agregó un comensal — han hecho y hacen más daño á la humanidad, que todas las tiranías. Ellos envuelven al hombre en una malla casi imperceptible, pero tan resistente, que imposibilitan todo

movimiento, todo pensamiento, toda acción. En el camino de la vida, producen el efecto del jabón en el rail: la locomotora llega haciendo retemblar la tierra, resoplando y arrojando á borbotones fuego, vapor y humo; un impulso plutónico la anima; nada puede impedir su paso; pero de pronto la veis titubear como espantada; sus grandes ruedas motrices se revuelven en el mismo sitio sin avanzar un palmo; sus largas y brillantes palancas, accionan con desesperación, semejando los brazos de un náufrago; duchas de vapor abren silvando las válvulas, y se arrojan al espacio, perforando el aire con sus conos blancos. El monstruo gime envuelto en una nube. Se oye el golpe seco y sucesivo de los vagones que vienen llegando: el tren se ha detenido — ¿De qué se trata? Simplemente de un poco de jabón extendido sobre los rails.

Las preocupaciones sin fundamento, los prejuicios, es decir, los patos hediondos, son el jabón que detiene la marcha de ese tren que llamaremos progreso.

En la gran laguna, más ó menos turbia, denominada sociedad, no se puede uno

mover sin que vuelen por bandadas los patos hediondos.

— ¿Ha leído V. á tal autor?

— ¿Yo?

— ¡Pero, mi amigo, si ese es un loco! (O bien puede decir un beato, un incrédulo, un fanático, según el cliente interrogado).

— ¿Un loco, dice?

— Sí, pues.

— ¿Qué obra es la que V. conoce de ese loco?

— ¿Yo? ninguna.

— ¿Y entonces?

— Sí, pero todo el mundo dice que es un loco.

— Pato hediondo.

— Si va V. á las sierras, no se descuide con los chelcos; su mordedura es terrible, le prevengo; mil veces peor que la de la víbora: pregunte V. á cualquiera y verá.

— Pero, si casualmente he preguntado á cuanto habitante de la sierra encontré con cara de verídico, y me dijeron lo que V.: sin embargo, ellos no habían visto jamás «por sus propios ojos» una persona ó animal envenenados por el chelco, lo que no

quita que le tiemblen. Después, V. sabe, que según los naturalistas, no existe animal de cuatro patas y cola que sea venenoso.

—No lo dudo, amigo, pero no se descuide, mire que deben ser muy ponzoñosos.
—Pato hediondo, también. Y así, de esta suerte, veremos volar patos en todas direcciones, obscureciendo el aire con sus negras alas.

TIPOS QUE PASAN

III

TIPOS QUE PASAN

En nuestro país, no es preciso vivir mucho para recordar de cosas viejas. La evolución opera entre nosotros á media rienda, á espuela y látigo, convirtiéndose en verdadera revolución. Por eso será que casi todo resulta sancochado, mucho sabe á crudo, algo madura á la fuerza y lo más se pudre verde, desde las bananas hasta los hombres políticos. Podríamos decir que la Argentina se transforma frególicamente, porque es la tierra de las metamórfosis galopantes, de las sorpresas risueñas como de las realidades salvajes: pero, á pesar de

todo, es y será por muchos siglos, el gran país del porvenir.

¿Cuántos bípodos no vemos desembarcar con los botines al hombro por no gastarlos y al poco tiempo resultan unos colosos en el ramo de zapatería? ¿Cuántos no principian aquí su humilde carrera con un canasto enganchado al brazo, gritando á laringe limpia ¡*linda manane!* ¡*naranque maquenude!* y concluye por engancharse una fortuna?

Lo que sí, el hijo de este hombre, suficientemente acriollado, es quien se encarga de despilfarrar la herencia; pero el hijo no acaba como principió el padre, vendiendo naranjas, sino de atorrante ó en la cárcel, lo que sí, de levita. Como se vé, el período de «revolución» es rápido porque la órbita á recorrer es pequeña, aunque muy elíptica: se cumple una ley de mecánica celeste. El padre recorrió el afelio y el hijo el perihelio de la curva. Pero veo que me voy hacia otros rumbos cuando yo quería hablar aquí, de un tipo que, por desgracia, ya pasó á mejor forma aunque no su imagen.

¿Quién no recuerda al maestro albañil en caballo de sobrepaso? Ya viene el «mestro», deben ir á ser las doce—decía la gente desocupada del barrio, que no era poca; y en verdad ya venía. Al principio se percibía algo así como un repiqueteo ó redoble lejano, del cual el lector podrá darse una idea sonora y rítmica articulando con rapidez estas sílabas ó ruidos; taca-tiqui-tucutucu-tiqui-taca... El redoble iba aumentando según las leyes de la acústica, hasta llegar al máximo, al fortísimo; entonces se veía pasar algo así como un meteoro: era un pobre caballo de sobrepaso, más bien charcón que flaco, corriendo como una exhalación, escarceando, y babeándose el pecho como epiléptico; batiendo la cola con verdadero encarnizamiento, como si llevara prendido aquel tábano terrible que la celosa Juno aplicó á la ninfa Io convertida por Zeus en una hermosa ternera blanca.

Encima de nuestro caballo iba el «mestro» rígido, tieso, en estado de catalepsia; la mirada fija y vidriosa, boca semiabierta y sonriente, de donde surgía la pipa de guindo clavada por dos colmillos verdade-

ramente caninos; pantalones en fuga vergonzosa hacia las rodillas, estribos metidos hasta los tacos empedrados de tachuelas, pluma de pavo real en el sombrero, y todo este figurón, echado hacia atrás, formando un ángulo de 45° con el lomo del cuadrúpedo. Y así como los grandes metéoros suelen ir siempre seguidos de otros menores, así también el nuestro llevaba por séquito un enjambre de cuzcos ociosos que ibanle saliendo al cruce de detrás de cada puerta, con el laudable propósito de garroñar al tordillo. Mas eso no pasaba de una ilusión canina.

¡Qué sujetos para morderle los garrones, cuando no se les veían, tal era la rapidez del movimiento!

Todo cuzco no alcanzaba á correr ni media cuadra, cuando se detenía de golpe, con la boca abierta hasta las orejas; miraba, fijamente á su esperanza perdida, y daba la vuelta al trotecito, con el cuerpo empalizado y la cola hecha una rosca, haciendo sonar las uñas sobre la vereda, y desplegada al viento su pequeña lengua, flexible, tersa y roja como una cinta de seda.

Pero como lo que aquí abundan son los perros, el emjambre se renovaba constantemente, y el metéoro corría y corría siempre, seguido por una bulliciosa constelación, hasta que caballo y caballero, ambos jadeantes, llegaban á su destino, donde los esperaba el morral de algarroba y la polenta con « pacaritos ».

Mas hoy ya no escuchamos el simpático redoble. El « mestro » anda en tramvía ó en carruaje, porque ha engordado demasiado y porque sería hasta mal visto que un hombre como él, de posición, con hijos doctores y niñas que interpretan á Chopin, se zangoloteara á caballo, y menos ahora que no se usa el sobrepaso sinó el trote inglés, ese enemigo mortal de toda víscera, capaz de sacar el hígado por la nariz ó convertir en flotantes los riñones más bien puestos.

Sin embargo, en los momentos de flujo y reflujo de su alma chata—el espíritu también tiene sus mareas—cuando despues de cenar, sentado en el amplio patio de su ventilada casa propia, adormecido por la fragancia de la madre selva, el naranjo en flor y el

cedrón, bajo un cielo estrellado y puro al que jamás miró — sino que vió, como se puede ver pasar un burro con árganas — llega á sus oídos el nocturno de Chopin que su hija romántica ejecuta allí en la sala, suele cruzar por su mente aletargada el recuerdo de sus primeros tiempos de América, esos tiempos que ya pasaron para siempre jamás, llevándose una vida sencilla y muchas otras cosas buenas, entre ellas, su inolvidable compañero, su tordillo, su silla hamaca de cuatro patas!

Entonces, y sin que intervenga el nocturno de Chopin, ni el cielo estrellado, ni la selva, ni el cedrón con sus clásicos perfumes que recuerdan lo antiguo, dos lágrimas, vacilantes, asoman en sus ojos, se hinchan, se agrandan, titubean, y por fin se desgranán, corriendo presurosas por las rojas mejillas, como gotas de lluvia sobre planchas candentes.

Es que el tiempo no borra jamás las profundas huellas de los grandes recuerdos: al contrario, las depura y embellece, así como el mar, lejos de borrar las formas de los cuerpos que con su manto cubre, les da

realce y brillo al esmaltarlas con sus sales cristalinas.

Pero, un recuerdo, grato ó ingrato, es siempre triste por ser recuerdo.

Dicen que no es bueno mirar hacia el pasado.

CINEMATÓGRAFO CAMPESTRE

IV

CINEMATÒGRAFO CAMPESTRE

(BAJANDO AL AGUA)

El Sol se ha levantado de muy mal humor, y escala el horizonte haciendo lucir sus flechas de oro con las que amenaza acribillar la tierra. Sus primeros dardos van dirigidos á las lomas blancas — así como el toro ataca al rojo — pero las lomas se defienden con brillantez, parando el golpe, reflejando los rayos, volviendo la pelota.

El color blanco triunfa del sol, como el escudo de las jabalinas. Pero las que sufren son las montañas de granito: ellas soportan en silencio las consecuencias de su color

y se dejan quemar sin protesta por las puntas de fuego.

Los arroyos apresuran su marcha para llegar pronto á la sombra de los sauces, los que parecen querer protegerlos extendiendo sus millares de brazos flexibles. Las perdices silban corto y poco. Las case-ritas ú horneros, trabajan su bóveda en silencio, sin alborotar con sus dianas cacareadas, en la que una de ellas ejecuta un largo trémolo, y la otra marca el compás con un gritito seco.

No corre una gota de aire; no se mueve una hoja: tendremos un día feroz.

Me voy, si nadie se opone, á ver bajar hacienda al agua. Con un día como éste, el espectáculo suele ser muy interesante.

Bien pues: aquí estamos á la sombra de un enorme tala de tronco agrietado y nudoso, copa opulenta y tupida, como vellón de oveja Rambouillet, en donde se han solazado más de cien generaciones de cacholotes y cotorras bullangueras, tejiendo en él sus nidos ásperos y enormes, cual bolsas de espinas. De los gajos más finos, penden, como diminutos incensarios, nidos de pica-

flores, oscilando suavemente, cuando cerca de ellos, sus relucientes dueños hacen zumbar las alitas bronceadas.

Al frente, dentro de un marco de barrancas coloradas que recuerdan el dulce de guayaba, está la represa natural, más tranquila que un cadáver, festoneada por una verde cinta de plantas acuáticas, y salpicada de copos blancos y espumosos, como aquellos merengues con que se adornaban á las empanadas de á real, dignas de priores y padres guardianes, aunque también solían deleitar, allá para la Pascua, los insaciables estómagos de novicios retozones.



Un martín-pescador, de más cabeza y pico que cuerpo, se encuentra inmóvil sobre una rama que emerge del agua. De vez en cuando se arroja como un hondazo sobre la superficie líquida, y vuelve al mismo sitio, relumbrándole en el pico una mojarra, como astilla de nácar: sela engulle con trabajo, á fuerza de sacudirse y estirar el pescuezo. Y la luz, al caer sobre su plu-

maje atornasolado y húmedo, resbala alegremente, centelleando con los colores del arco-iris. Debido al choque, la bruñida lámina del agua se riza toda entera, y una infinidad de círculos, dilatan más y más sus blandas curvas, con la noble ambición de abarcar el infinito, pero van á romperse ó morir, imperceptiblemente, algunos, al dar contra la tosca, y los más sin llegar á parte alguna, como las ilusiones.



Óyese un tropel con su repique de cen-cerro, y llega al trote largo una manada: las mulas adelante, espantándose de nada, fingiendo sustos y sobresaltos. Después, las yeguas con sus colas bien cerdeadas, sus grandes barrigas lustrosas, y sus potrillos. Atrás de todos, como el bedel, viene el padrillo, agachando la cabeza hasta tocar el suelo y parando la cola que es una viva porra. Pero más atrás todavía, como el trompa de órdenes, viene el burro, miembro desheredado de la familia, sobre quien llueven coces y mordiscos que es una de-

licia. Camina piano, piano, á una respetable distancia del padrillo, su mortal contrin-cante. Al menor movimiento de éste, nues-tro orejudo personaje dá media vuelta, presentando la popa al enemigo; amuja las orejas, agacha la cabeza, esconde la cola entre las piernas, y encogiéndose, larga al aire dos patadas por vía de ensayo ó por lo que «potest contingere». El bedel, bien erguido, el cuello arqueado, y brillándole los ojos, lo mira un instante con fijeza: y después sigue á la manada, la que llega al agua en tumulto, hundiéndose con estrépito hasta el pecho, y enterrando los hocicos con avidez, como sanguijuelas hambrientas. Si-lencio y quietud completa mientras beben. En seguida se enjuagan la boca, saboreán-dose ruidosamente y principian á chapalea-r el agua á manotadas; algunas se bañan, y por fin concluyen desfilando hacia la puerta, no sin antes haberse revolcado en el arenal con general contentamiento y rumores de todo género. Se dirigen estornudando al cometierra, el que los espera con sus huecos pulidos y lustrosos á fuerza de len-güeteo.

•

Se oye un rebuzno formidable, y casi al mismo tiempo retumban dos golpes en las costillas del cantor.



Van llegando y bajando las vacas, despacio, á paso que dura, castañeteándoles sus uñas partidas. Los terneros al lado, ñatitos, naricitas húmedas y frescas, grandes ojos negros, largas pestañas y todo el cuerpiño brillante y lustroso como un raso.

Después de beber interminablemente, suben apenas al repecho, haciendo estaciones, con el lomo arqueado y los vientres inflados, dejando algo más resbaladiza la pendiente. Pasan también al cometierra á tomar el postre, y vuelven en seguida á echarse debajo de los monumentales algarrobos del rodeo, dedicándose á rumiar con tanta calma y cachaza, como un turco fumando opio.



Se siente un traqueteo menudo, algo como un torbellino; gajos que se quiebran

y piedras que ruedan; balidos, campanillas, estornudos, y aparecen de golpe las cabras, en pequeños grupos, sobre las barrancas, cual soldados tomando por asalto una trinchera. Miran el agua como sorprendidas, mientras que los cabritos de todos colores, suben y bajan, corren y brincan, se apiñan y desparraman, como papel picado barrido por un remolino. Por fin deciden todas á un tiempo, y beben atropelladamente, á tragos entrecortados, desapareciendo como llegaron: en un santiamén.

El cabrero—un perro flaco pero ladrador,—las espera echado en la senda. Cuando la majada está reunida, da unas cuantas vueltas á su alrededor, con el propósito de hacer entrar en vereda á cualquier cabra rebelde, é inicia el rumbo que deben seguir, ladrando y avanzando al galope. Y lo siguen, desde el chivato moro de cuernos torneados, barba ahumada y fragante, hasta la última cabrillona coqueta, más blanca y crespa que una diamela. Y marchan y marchan, al parecer sin derrotero, y á la desbandada, para caer luego, como una tromba, sobre el maizal del vecino.



Ahora vienen los bueyes: paso al gran motor argentino, á la fuerza viva de nuestro progreso; al héroe de nuestras pampas y montañas; al trabajador silencioso, infatigable y sóbrio, que con su paso lento pero enérgico, abre el surco rasgando la tierra é inunda á la Europa con los granos de oro.

Van llegando lentamente, con aire marcial, con cierta indolencia olímpica de emperador romano. Las cabezas se les balancean al compás de su andar rítmado; sus grandes astas pulidas en su base por el roce de la coyunda, representan sin metáfora nuestro cuerno de la abundancia. En sus grandes costillares y paletas, se puede pasar revista á todas las marcas de la pedanía: son tableros ambulantes, repletos de jeroglíficos indescifrables, algo así como carteles chinoscos de figuras estrambóticas, que de todo pueden hablar menos de nuestra cultura.

Llegan al agua y beben más que una locomotora, retirándose al fin, con sus barriles rebalsando.

En la senda, y envuelto por una nube de tierra que él mismo levanta, los espera un torito criollo, más compadre que un cantor de pulpería: brama como un tigre, encorvando el lomo como para agrandarse; la cabeza gacha, mirando de reajo á los bueyes, como queriendo decirles ¡arrímense máulas! Pero los bueyes pasan sin mirarlo siquiera, y el compadrito se imagina que le tienen miedo. Así hay mucha gente sin ser animales.



El calor arrecia que es un primor, y la represa queda desierta.

Toda la hacienda ha bebido, pero no se moverá de la sombra hasta que refresque.

Se respira un aire de fuego, asfixiante. Los pájaros están escondidos en lo más espeso del ramaje, acezando, con los picos abiertos y las alas caídas, latiéndoles sus gargantitas esponjadas como borlas.

Unicamante la paloma torcaz deja sentir su canto monótono, imitando exactamente en el ritmo, al *pan-fran-cés* de los teatros.

Aprovechando el momento de calma chicha, comienzan á salir las iguanas, casi arrastrándose con sus patas chuecas y regordidas: se dirigen á la represa, deteniéndose de trecho en trecho, para explorar el camino con sus caras de idiotas. Después de beber y bañarse, fustigando el agua con sus colas de látigo, vanse á comer piquillín ó fruta de tala y buscar nidos de perdíz en los pajonales. En la tierra suelta, una raya sin ondulaciones indica su paso.



Declina el Sol, dando un salto mortal por sobre las montañas, y rasgando, al pasar, algunas nubes que se le atraviesan en el camino, así como en el circo, la linda rubia saltarina ecuestre, de faz risueña y cuerpo aprisionado en malla rosa, perfora el disco de papel pintado que el payaso le opone diestramente.

Los conos azulados de las sierras se destacan de relieve en un gran fondo de luz anaranjada. Millares de chicharras hacen vibrar los montes con su canto estri-

dente. Oyese el balido lejano de las majadas que llegan al corral, y el grito agudo de la mujer que las arrea.

Después, la luz comienza á agonizar, y la sombra y el silencio invaden lentamente. Sopla una leve brisa. Las flores de la noche, como temerosas de ser vistas, abren con sigilo sus pétalos sedosos, y la atmósfera se carga de perfumes; los grillos principian á templar su cuerquita chillona; las ranas modulan en coro sus salmos plañideros; á lo lejos se oye el llanto cristalino de los manantiales, y en todas direcciones, cual estrellas fugaces, se ven cruzar los *tucos* y luciérnagas con sus verdes linternas.

ESPÍRITUS EN QUIEBRA

A la juventud estudiosa de Córdoba.

V

ESPÍRITUS EN QUIEBRA

Hay frases ó más bien dicho afirmaciones, que equivalen para sus autores á echarse encima un quintal de plomo en alta mar.

«La ciencia en quiebra» alcanzó á gritar alguien, y un ligero remolino y unas cuantas burbujas indicaron el sitio en donde flotara hasta ese momento: se hundió en silencio, misteriosamente, como si el espíritu de Arquimides justamente indignado, hubiera intervenido con su célebre ley que hasta la fecha ha quebrado. Pero de todos modos la frase se deslizó é hizo camino, porque los grandes disparates lanzados con habilidad, suelen correr admirablemente por el plano

inclinado de la estupidez humana. Con esa frase — la ciencia en quiebra — parece que se ha intentado debilitar la voluntad de los espíritus, produciendo, si no la *abulia*, por lo menos el desconsuelo, la desesperanza.

Imaginad, lector, un banco que á cada instante aumenta sus depósitos; que cada día descuenta á más bajo interés, siendo muchas veces el consuelo y la salvación del pòbre como del rico; que cada año reparta dividendos más crecidos y que continuamente se vea obligado á ensanchar sus arcas porque el oro rebalsa. Pues bien; hay gente que á este banco lo declara en quiebra porque sus fundadores y directores no saben explicar el *primer origen* del oro. Pero ¿qué les importa del primer origen del oro, si con él obtienen todo lo que necesitan y desean, y si conocen sus propiedades y relaciones con los demás cuerpos?

Ese gran banco es la ciencia moderna, al que se declara en quiebra con toda soltura de cuerpo y de lengua, porque no descubre las primeras causas, porque no explica todos los fenómenos, porque no responde á todas las preguntas.

Que no sabemos ni lo que es la *unidad*, se ha dicho con aire de triunfo.

Es verdad; no sabemos lo que es la *unidad* en sí, pero eso no obsta para que el ingeniero, con el auxilio de las matemáticas, que se basan en la unidad, construya puentes, torres y máquinas admirables, en las que se ha calculado con precisión increíble la resistencia y el trabajo del más ínfimo tornillo; máquinas á las que no les falta más que hablar por cuenta propia, ya que el fonógrafo, esa máquina con memoria, lo hace por cuenta ajena.

No sabemos lo que es la *unidad* ni el *espacio*, pero Leverrier, sin mirar al cielo, sin más aparatos que el papel y el lápiz, sin más telescopio que el álgebra y la geometría, descubre y señala el punto en donde, según el cálculo, *debe* hallarse un planeta. Primero Galle, á pedido de Leverrier y después todos los demás astrónomos, perforan el espacio con sus flechas de cristal, y surge Neptuno, allá lejos, hacia donde apuntaba Leverrier, en los arrabales de nuestro sistema solar, girando en la pista con marcada displicencia, sin bríos, como

esos viejos caballos de circo cuyos nervios no se alteran por más que el patrón haga silbar el látigo, patalee y grite, y la orquesta acelere la galopa (1). No sabemos lo que es la luz en sí, pero Römer la sorprende en su viaje silencioso desde los satélites de Júpiter y es el primero en medir sus pasos. Newton le interpone un prisma cristalino, y ella lo atraviesa sin temor, por tratarse del cristal, su amigo y protector, pero al pasar, choca contra las facetas y aristas filosas, cayendo al otro lado, toda hecha girones, descuartizada, *descompuesta*, y de una sola nota, la del color blanco, el sabio obtiene una escala de siete notas como las de la música.

Röntgen descubre el rastro de la luz en el seno mismo de la obscuridad, y Edison se puede decir que la hace visible: allí está oculta como un brillante negro, ó como esas luciérnagas adormecidas que por la noche solemos encontrar dentro de los troncos carcomidos de árboles vetustos: el hueco

(1) El joven astrónomo inglés, Adams, llegó al mismo resultado que Leverrier, pero habló tarde.

está en tinieblas, pero basta revolver en su interior una varilla, para que de pronto la caverna se ilumine como si hubierais oprimido un boton eléctrico.

El físico, con el espectroscopio, hace la autopsia á la luz, descubriendo en sus fibras los signos de las materias que le han dado vida, ardiendo en los remotos astros de donde ella llega, muchas veces después de un viaje de siglos; y así sabemos que el universo ha sido construido, por lo general, con los mismos materiales.

El cirujano, con la luz solar, cauteriza y cura; el alienista, con la luz azul, calma de súbito el furor del loco, y con la roja, anima y tonifica al melancólico.

Se ignora lo que es en sí la gravitación, esa fuerza misteriosa, pero se conocen sus leyes, y con estas, las de Kepler y de Galileo, se explica y se comprueba desde el grandioso mecanismo del cielo hasta la caída de una pluma.

No sabemos lo que es la electricidad, pero se la produce y se la maneja con el dedo meñique, ¿y qué no se obtiene con esa fuerza? Ignoramos lo que es el dolor en sí,

pero lo sentimos, y muchos operados morían de dolor; entonces la química nos brinda los anestésicos, y hoy en día se nos puede abrir como á un sapo, sacar nuestros órganos, lavarlos y plancharlos si fuera necesario, sin que tengamos la menor noticia.

A todo esto no faltará quien diga que la mayor parte de los descubrimientos científicos se deben á la casualidad: Pero debiéramos fijarnos, — y ya lo hicieron notar pensadores eminentes, — que es muy *casual* que la casualidad caiga siempre en manos de genios. ¿Por qué entonces el imbécil ó el mediocre, jamás descubre nada, es decir, por qué no formula ó explica nuevas leyes de los fenómenos que la casualidad á cada paso les mete por los ojos? ¿Cuántos hombres antes que Newton no vieron caer fruta de los árboles? ¿Y qué dedujeron? Que estaban maduras, seguramente.

Volviendo á nuestro tema, diremos que la ciencia moderna no pretende de ningún modo descubrir el primer *por qué* del fenómeno sino el *cómo*, es decir, su ley, y cada día descubre nuevas leyes de las que se deducen nuevas consecuencias útiles para la

humanidad, su punto de mira. En cuanto á la Causa Primera, se la siente palpar en todas partes aunque no se la explique; desde el telescopio hasta el microscopio, esos dos rastreadores del infinito, proclaman su existencia.

Sin embargo, mientras la ciencia exista, mientras el deseo de conocer haga vibrar cerebros, no faltarán Faustos más ó menos sinceros. Pero lo malo es que el Diablo, después del fracaso aquel tan ruidoso que tuvo en Alemania con el mentado doctor y la rubia Margarita — se nos perdió de vista, sin duda avergonzado. Y al, fin si volviese, ¡quién sabe si los desilucionados de hoy se animarían á trabar relación con el misterioso perro negro de fosforescente rastro, llevándolo hasta sus gabinetes de estudio y presenciando sin espanto sus diabólicas metamorfosis! Y si, como es probable, el Diablo no hubiera mejorado sus medios de transporte, por ser persona antigua y rutinaria, muy mal parados se verían sus modernos clientes, acostumbrados á viajar en tren directo, con cantina bien servida y muy bien iluminada, si se les obligara, como al

héroe de Goethe, á marchar á talón limpio por los pedregales y despañaderos de las sombrías montañas de Harz, sin más gufa que la débil luz azulina y ondeante de un fuego fatuo; aturdidos por el silbido de las mil flautas que sopla el huracán en las cavernas, por el infernal fandango de las brujas, el rechinar de dientes y el siseo espeluznantes de los buhos de ojos siniestros. No: en estos tiempos, la gente es delicada, y si se arriesga en empresas temerarias, si va al Polo, lo hace después de mil cálculos y con todo el *confort* y refinamiento de nuestra época — menos Andrée — llevando hasta armonium, para en caso de llegar á los supirados 90° de latitud, ejecutar las grandes sonatas de Beethoven debajo de la estrella polar, ó más allá de la Cruz del Sud, con la estrella *beta* del Octante sobre sus cabezas.

La verdad jamás se entrega: es algo que siempre huye; es el resplandor de una luz eternamente oculta; es como el tañido misterioso de aquellas companas de la ciudad de Is, sepultada en el fondo del mar, y que en noches serenas, escuchaban aterroriza-

dos los marineros y pescadores de las costas de Bretaña, pero que en el corazón de Renán sonaban dulcemente, rejuveneciendo, é ilusionando, aunque con cierta tristeza, esa alma tan grande y tan diáfana como el mar, pero tan profundamente agitada por la duda.

Avanzar siempre hacia donde se vislumbra ese resplandor, tras de esa ilusión, sin esperanza de llegar jamás, esa es la ley á que está destinada la ciencia y eso se llama progresar. Los que niegan su progreso, son los hipócritas, los descontentos ó los fatigados. A los primeros, habrá que dejarlos seguir mintiendo; á los descontentos, les diremos lo que muchas veces oí decir á un filósofo padre de familia, cuando en la mesa, alguno de sus hijos llegaba á rezongar por cualquier plato que le era antipático: « está rico, muchacho! *comé callao!* » y de acuerdo con la propaganda por el ejemplo, un enorme bocado desaparecía en su boca, corriendo la suerte de la copa de oro en los abismos de Caribdis. Y á los últimos, á los fatigados, á los desconsolados, les recordaremos la advertencia aquella de Napoleón

á sus soldados en la retirada de Rusia: el que se sienta se duerme, y el que se duerme se muere.

Y ya que á los sabios les falta el tiempo y las ganas para responder á los que tan mal tratan á la ciencia, nosotros, los que no tenemos ningún título, los que no entraremos en el templo de la verdad, pero que mosqueteamos desde afuera con respetuosa admiración los grandes oficios, protestamos sinceramente en nombre de la justicia.

SOBRE EL RASTRO

Al Dr. Julio L. Jaimes.

VI

SOBRE EL RASTRO

Creo, que para mi relato, no es del todo indispensable hacer saber al lector que ño Cecilio era el paisano más hediondo á chivato que he conocido en mi vida. Todo su cuerpo estaba penetrado de ese tufo acre y picante que despiden los corrales de cabras después que llueve y abre el sol. Pero pasemos por alto el olor del buen paisano.

Serían las dos de la mañana cuando nos recordamos sobresaltados por las sacudidas que alguien nos daba.

— ¡Niños, niños! levanten, vengan oigan!
— Al mismo tiempo un fortísimo olor á chivato invadió la habitación. Crujieron dos

viejos catres de lona y mi primo y yo salimos casi juntos al patio, tambaleándonos, medio dormidos. — ¿Qué hay, ño Cecilio? — ¡El león en el potrerillo! — dijo en voz baja y trémula. — Cállense y atiendan — añadió. Contuvimos la respiración, y abriendo boca y ojos, escuchamos.

A esa hora reinaba una quietud imponente. Una brisa suavísima rizaba apenas al follaje de los enormes nogales que rodeaban la casa, produciendo cierto susurro imperceptible. La naturaleza toda, cantaba su gran romanza sin palabras: la canción del silencio. De pronto hacia el lado, del potrerillo, se oyó un furioso resoplido, tropel y relinchos entrecortados, mezclándose á todo ésto el tañido de un cencerro.

Ese bufido es de la mula castaña — dijo el paisano — y cuando esa bufa, no es de vicio: á la fija que anda el león!

Para estos casos ú otros parecidos, acostumbrábamos tener un par de caballos atados á soga; así que ño Cecilio tardó menos en ensillarlos que nosotros en vestirnos. Los perros, maliciando de lo que se trataba, habían rodeado á los caballos, y cuando

fuimos á montar, acompañados de la vieja carabina leonera, nos recibieron con una algazara infernal: saltos, ladridos, aullidos, bostezos, chicoteo de colas, palmoteo de orejas y estruendo de narices, al parecer obstruidas. Dimos el silbido de ordenanza para animar á la jauria, y nos dirigimos al potrerillo. Ño Cecilio se nos incorporó jineteando el petizo zaino bichoco, al que había encontrado en la huerta comiendo duraznos.

Al llegar á la primera quebrada, percibimos un fuerte olor á menta y poleo, de lo que se deducía que por allí debió andar disparando la manada un momento antes. Y efectivamente, detrás de un talar, encontramos la manada del *moro*, en actitud expectante: silenciosa, amontonada, apiñada como un racimo, del cual se destacaban, como puntas de lanzas, innumerables orejas. Los pobres animales nos miraban de cierto modo extraño; parecían querer decirnos que algo grave ocurría muy cerca de allí. Solamente la mula castaña, inquieta y nerviosa, trotaba en todas direcciones, resoplando por su nariz elástica, y parando las orejas como cartuchos peludos. No ha-

bríamos andado cinco minutos, cuando los perros comenzaron á saltar y remolinear, con el hocico pegado al suelo, hasta que concluyeron por amontonarse debajo en un algarrobo.

—Allí debe de estar la presa —dijo el paisano— y los tres llegamos juntos hasta el árbol, apeándonos de un salto. —Velaí la potranca *rosía*, —dijo ño Cecilio, agachándose hasta tocar el bulto que rodeaban los perros — ¡Pucha, digo! — ¡Tan luego á la *rosía*! ¿Por qué más bien no le habrá medido uña á la *gatiata* lunanca?

El pobre hombre parecía ignorar que muchas veces la fealdad es el mejor baluarte.

El cadáver estaba aún caliente, y presentaba varios tajos profundos que corrían desde las primeras costillas hasta el anca. Pero á todo esto los perros, después de examinar rápidamente el caso concreto, habían desaparecido. Indudablemente seguían el rastro del león, el cual al sentirnos, debió abandonar la presa. Montamos, y sin movernos del sitio en que estábamos, con la boca seca de emoción y las manos

húmedas y frías, esperamos el primer anuncio.

La mula castaña seguía bufando.

Un ladrido corto y seco llegó á nuestros oídos; después, una pausa; en seguida otro, y otro más... y ladraba toda la jauría.

Doy la doble contra *sencto*—dijo ño Cecilio— á que van y lo empacan en el monte de quebrachos.—Y nos dirigimos hacia donde se iniciaba el ataque. Los ladridos continuaban, pero cada vez más lejos. Había momentos de silencio completo, para después estallar un clamoreo indescriptible. El león, siguiendo su táctica, peleaba en retirada, engañando al enemigo con sus saltos y gambetas. Este animal procede como Lucifer al combatir; cuando lo llevan mal, cuando se ve apurado, se evapora, se hace humo, desconcertando al adversario más ducho.

El monte íbase volviendo cada vez más inaccesible. Había que hacer prodigios de esgrima con el cabo del talero para rechazar el ataque constante y tenaz del *garabato*, ese arbusto de espina acerada y corva como uña felina, enemigo irreconciliable de

la ropa y de la piel. Por fin no pudiendo avanzar más, aseguramos los caballos y marchamos á pié.

Los ladridos se oían en un solo punto y su intensidad no variaba; el enemigo, por lo tanto, estaba émpacado y no muy lejos de nosotros.

En ese momento las estrellas comenzaron á palidecer. Un suave resplandor amarillo-mate vislumbrábase al este: venía el alba. La aurora, con sus dedos de nácar, principiaba á ejecutar su gran preludio en notas de luz. Arriba del horizonte, en lo alto, semejando una bñadada de garzas rosas, flotaban en hilera preciosos *cirrus*, esas nubecillas, verdaderas flores del aire.

Habíamos llegado hasta muy cerca de un matorral impenetrable, en donde se sentía hervir el enjambre de perros en todos los *tonos y modos* de la antigua y moderna música. Teníamos que hablar á gritos para entendernos ¡de tal manera vociferaban estos bárbaros! Nos arrastramos, se puede decir, unos cuantos metros más, y por entre el tupido matorral, alcanzamos á distinguir los perros que, alrededor de un gran tronco

de quebracho, se revolvían furiosos, ladrando en completo desconcierto, con sus ojos fijos hacia arriba y sus largas y ondulantes lenguas desplegadas. Algunos permanecían echados é inmóviles como en éxtasis, con los ojos llorosos y la boca abierta de par en par, acezando desesperadamente; otros llegaban hasta nosotros á toda prisa, y meneando la cola, nos largaban un lengüetazo, volviendo en seguida á sus puestos. La espesura del monte nos impedía ver lo que había en el árbol.

Nos aproximamos todo lo posible hasta quedar debajo mismo del quebracho, y ño Cecilio, atando con su *arreador* los gajos que nos impedían ver, tiró con todas sus fuerzas, que no eran pocas. Entonces pudimos contemplar un hermoso cuadro: arriba, en un gajo más bien delgado del enorme quebracho, se balanceaba suavemente un espléndido *puma*, el león de nuestras sierras. Su cuerpo elástico y de elegantes curvas, se destacaba soberbio en el fondo brillante y puro de un cielo azul. Su piel bronceada y lustrosa, reverberaba á los primeros rayos

de un sol naciente. Parecía estar completamente tranquilo: miraba á los perros como á verdaderos *perros*, con olímpico desprecio. En su cara redonda y sin expresión, fulguraban dos grandes ojos anaranjados y cristalinos como discos de ámbar. ¿Cuanto hubiera dado un aficionado á la fotografía por encontrarse allí con su máquina?

El cuadro valía la pena indudablemente. Pero ño Cecilio entendía muy poco de estética y casi de mal modo nos dijo ¡ideái! ¿Qué hacen que no le meten? — Hasta qué hora quieren que esté cinchando?

Cuando sonaron los dos *tic* de la carabina al ser montada, y mi primo apuntó, callaron de golpe todos los perros, escondieron sus lenguas y quedaron inmóviles. La expectativa era solemne. Habíamos convenido en herirlo levemente para no dejarlo indefenso. ¡A las patas de atrás! dijo el tirador, y un estampido de carabina remingtón repercutió de quebrada en quebrada. Cuando con nuestros sombreros hubimos disipado la nube de humo que nos envolvía, pudimos ver al león abrazado al mismo gajo en donde un momento antes estuviera de pié. Pero la

situación era insostenible, porque todo su cuerpo pendía y oscilaba, y por más gruesos que fueran sus puños, no podía resistir mucho tiempo. El pobre animal miraba en todas direcciones buscando dónde largarse sin caer sobre algún enemigo. Por fin se desplomó, quebrando gajos y apretando perros. En el primer momento no vimos más que un enorme ovillo ó madeja móvil, compuesto de patas, colas, cabezas y bocas dentadas. Una gritería infernal llenaba los aires.

Nos aproximamos, y no sin trabajo pudimos distinguir á la víctima que, tirada de espaldas, y prendida con uñas y dientes, formaba el núcleo central del gran pelotón vivo. El león al vernos, debió hacer un esfuerzo supremo, porque de pronto el ovillo se dilató, abriéndose como una ola; los perros remolinearon, y surgió el león hecho un arco, todo erizado como un cepillo enorme, echando chispas por sus ojos.

¡Ese es gaucho y medio! — dijo ño Cecilio — ¡Oiganle á esa maula!

El león ocupaba el centro de un gran círculo canino. Entre la jauría, había un

perro notable por su valor, fuerza y destreza; lo que sí, necesitaba ser animado.

Entonces, tocándole el lomo, dímosle la orden de ataque — ¡ vamos, ñato! — y se arrojó ciego sobre el felino. Este lo recibió con sus grandes garras abiertas como un par de rosas siniestras, las que fueron á incrustarse en los flancos del perro: pero las mandíbulas del ñato, haciendo las veces de tenazas dentadas, oprimian la garganta del enemigo con mortal insistencia.

El ejemplo es contagioso; todos los perros atacaron resueltamente, y en algunos minutos de lucha encarnizada y feroz, el terror de manadas y majadas, el gran dañino, la pesadilla de esa pobre gente que se mira como en un espejo en sus cuatro potrillos y sus cabras, entregó su vida viril, libre y resuelta, combatiendo como un héroe.

La luz de un sol radiante se derramaba á torrentes sobre montes y quebradas. Las lomas de talco brillaban alegremente, como odaliscas cubiertas de lentejuelas: parecía que ardian. Las majadas de cabras recién libertadas del corral, trepaban las alturas casi al trote, desparramándose por las la-

deras como puñados de confites, mientras que arriba, en el espacio sin límites, un enjambre de cóndores con sus grandes alas extendidas y rígidas, dibujaban majestuosamente interminables espirales, buscando como al descuido, con sus sangrientas pupilas, el tierno cadáver de la potranca rosilla.

EL ASEGURADOR

VII

EL ASEGURADOR

La buena presencia es un recurso como cualquier otro, y algunas veces mejor que otro cualquiera; es arma de efecto y sirve para muchas cosas, dígase lo que se diga.

En el teatro, por ejemplo, cuando el gremio semiescuálido y cuasi macabro de las coristas invade el escenario, verán ustedes infaliblemente á las dos mejores ocupar los extremos de la bandada, haciendo las veces de puntos de mira. Estas dos ninfas — entre paréntesis — son las que mejor atiende, paga y viste el empresario, y fuera del paréntesis, las que más trabajo dan al director de orquesta, por ser generalmente

las más rudas, desafinadas y aturdidas. Sin embargo, juegan un rol muy importante en la política de perspectiva: el público mira únicamente á ese par de ninfas y pasa por alto ó por bajo á las otras, porque la vista, gracias á su instinto de conservación, se niega rotundamente á posarse sobre los demás ejemplares de la tropa, así como un pájaro jamás se asienta sobre los vidrios filosos de una tapera.

Otrosí digo. Las damas caritativas y peticionantes, sea que soliciten dinero para un asilo, una lámpara votiva ó para acristianar chinitos en la gran China, siempre van armadas de una niña de grata presencia, la que en este caso hace las veces de la punta de diamante en el taladro: la rosca del instrumento es la dama, la punta perforadora y brillante, la niña, y la mina, el bolsillo del prójimo masculino; ó, si se quiere, la niña es como un sable deslumbrador y perfumado, que al partir, embalsama la herida.

A esto podríamos llamarle política de sableo.

Las compañías de seguros de vida tienen

también su política, la que consiste en valerse de aseguradores atrayentes, simpáticos, lo cual se explica, pues el efecto inmediato que el negocio produce, es sin duda repelente, por tratarse de la muerte.

El asegurador, por lo tanto, debe ser un buen mozo, y lo es en general, á más de insinuante, ladino (aunque sea inglés: hay ingleses deliciosamente ladinos), correcto y elocuente hasta llegar á la nota patética en el momento preciso.

— ¡Señor! — dice el sirviente — van cinco veces que lo busca un mozo para cierto negocio urgente, pero no quiere dar su nombre. Ahora está en la sala esperándolo.

— ¡Servidor de usted!

— Estoy á sus órdenes! — contesta el dueño de casa.

— Mil gracias, señor doctor!

— Dispense, no soy doctor.

— ¿Cómo? ¿no es usted doctor?

— No señor.

— ¿Pero no es usted cordobés?

— Sí, señor.

— Entonces me disculpará usted: no puedo creerle; y después, todo su aspecto

lo indica... en fin, no puedo... usted me engaña.

— Con aspecto y todo, no soy doctor; y usted sabe perfectamente que se encuentran muchos burros de muy buen aspecto.

— Pues bien; me dispensará usted la impertinencia ¡pero qué quiere! seguro, como estoy, de que le haré un gran servicio, no he trepidado...

— ¿De qué se trata?

— Nada menos que de la tranquilidad de su familia, del pan de sus hijos, del consuelo de sus deudos para después de sus días. Usted sabe que la vida pende de un hilo; y yo he visto hombres más fuertes y jóvenes que usted, llenos de esperanzas y de fe en el porvenir, ¡los he visto, sí! arrebatados de súbito por la parca cruel, dejando á sus familias desamparadas, y, lo que es peor...

— Vea, señor, yo no necesito asegurarme, — replica la víctima — no me encuentro en ese caso; y después, le tengo fe al hilo del cual pende mi existencia: no temo á la tijera de la parca Atropo.

— ¡Oh! qué seguro está usted de lo que todos debiéramos dudar — refunfuña el ase-

gurador poniendo en blanco los ojos. — Desengáñese usted. ¿De donde sabe si mañana, si hoy, si en este mismo momento, no pisa usted, (Dios no lo permita) el borde del sepulcro? — y después otra cosa: por más previsora que sea usted, muriendo, su familia puede quedar en la calle, gracias á tres personas distintas y un solo procedimiento.

Personas: procurador, escribano y abogado.

Procedimiento: *limpieza*.

Es decir, ciertos abogados, muchos escribanos y la mar de procuradores, son como escobas nuevas; por donde pasan *actuando*, dejan el suelo, — por no decir los bolsillos, — más lustrosos que una patena: haga de cuenta que lo toman tres mastines. Es verdad que también abundan médicos que si bien fortalecen y tonifican á sus pacientes, luego los vuelven anémicos con la *sangría* final. Pero á todo esto, yo quería hacerle notar, doctor, que el dinero del seguro no puede ser barrido por esas escobas....

Hasta aquí la víctima se resiste y el asegurador se va sin conseguir su objeto, pero

vuelve al ataque diez, veinte veces, hasta que cierto día se presenta acompañado de un señor de aspecto grave y simpático.

— Aquí venimos, doctor . . .

— Le dije que no soy doctor.

— ¡*Pardon!* Veníamos, digo, para que firmemos la póliza aquella de que hablamos; pero como la compañía tiene que cerciorarse del grado de su salud y condiciones de vida, etc., para según eso asegurarlo ó no, he venido con el médico á quien tengo el honor de presentarle.

— ¿Quiere decir, entonces, que si uno tuviera malos antecedentes hereditarios ó no cumpliera con la higiene, se salvaría . . .

— El exámen será rápido — dice el médico, aproximándose al dueño de casa, frotando los anteojos con displicencia.

— ¡Vamos á ver! ¿Edad? ¿Nacido aquí?

— Sí, señor; en el pozo de don Jerónimo Luis de Cabrera.

— ¿No hubo en sus antepasados tuberculosos?

— ¡Uff! ¡la mar!

— Bien. ¿Fuma usted?

— Más que un turco, y en pipa, tabaco virginia.

— ¿Hace uso del alcohol?

— Tanto como un marinero desembarcado.

En seguida el doctor examina todo lo que quiere, ausculta, percute y concluye por declarar que el paciente es buena presa.

El otro, naturalmente, ya tiene formulada la póliza, y espera con la pluma sopada: no hay más remedio que firmarla.

Al despedirse el asegurador, y después de felicitar al asegurado por el paso que ha dado, tiéndele la mano diciendo:

— Lo que sí, puede usted estar seguro de que antes que se enfríe su cadáver, la familia de usted recibirá el importe de la póliza con sus intereses compuestos...

Todas las épocas han tenido sus plagas, así como todo animal tiene sus parásito propio, característico.

La Edad Media tuvo la plaga de los anunciadores del fin del mundo, astrólogos é iluminados por la ociosidad, que auguraban la muerte universal en las formas más espeluznantes, aterrando á pueblos enteros.

España, en tiempos de Quevedo y de Cervantes, — el gran chueco y el gran manco, — sufrió la plaga de los escribanos; el Transvaal sufre actualmente la rubia plaga de los ingleses, y hoy todòs sufrimos la amable y útil plaga de los aseguradores de vida, una nueva especie de predicadores de la muerte, con la diferencia que éstos, los modernos, aseguran la vida y tranquilidad de la familia que dejaría el muerto hipotético, mientras que los otros se conformaban con prometer á los futuros difuntos el fuego eterno del infierno, cosas en verdad muy distintas, porque lo del fuego resulta deprimente, y lo del *seguro*, aunque con un fin comercial, resulta altruismo.

COSAS VIEJAS

VIII

COSAS VIEJAS

«Nada nuevo hay bajo el Sol; todo se ha dicho y se ha hecho; lo nuevo está en lo viejo», etc.

Esto, y mucho más, aseguraban los antiguos de remotos tiempos, pero, no obstante, se afanaron en hacer y decir todo lo posible. Lo mismo declaran los modernos y proceden exactamente como los antiguos.

¿No será esto debido á que todos creen decir algo nuevo?

Si Labruyére hubiera sido más lógico, seguramente no escribe sus «Caracteres» con lo que se inmortalizó: debió conformarse con traducir á Teofrasto, puesto que

ya «venimos demasiado tarde, cuando todo se ha dicho», según él.

Si Flaubert no hubiera creído como creyó, en la novedad de la frase y de la imágen, no debió sacrificarse esculpiendo y brillantando sus obras, con furor artístico, con violenta pasión; pero las letras francesas, quien sabe si contarían hoy con esas joyas tan admirablemente cinceladas, como aquellas otras del diabólico y celestial artista, Benvenuto Cellini, bandido genial, que aterrorizaba con su puñal y embelezaba con su cincel. Y ahora los ultra modernos pesimistas, cambiando de tono á la cantata, dicen que no hay progreso; que el futuro se encuentra contenido en el pasado; que la humanidad no avanza un palmo, sino que oscila como un enorme péndulo, y que todas nuestras ilusiones se deben á los distintos mirajes que presenta el arco de oscilación al ser recorrido: cuestión de perspectiva, nada más.

Sin embargo, hoy en día, todos trabajan más que nunca. Por lo tanto es preciso convencerse de que la gente es, y ha sido siempre muy porfiada; pero la tal porfía,

resulta una gran cosa, porque al menos, nos libra del aburrimiento, del *tædium vitæ*, aunque al final del cuento no saquemos nada en limpio. No debemos pues reírnos del pobre gusano cuando lo vemos afanado en trepar por un cristal húmedo.

Sin ser un aficionado á lo viejo, creo que es bueno esto de abrir libros apolillados por los siglos: es como largarse á recorrer caminos abandonados, ó revolver las ruinas de algún templo, en cuyos muros carcomidos, verdean las hiedras solitarias, y de noche brillan los ojos de los buhos. Siempre se encuentra algo: un objeto olvidado, un dato curioso, un rastro interesante ó sugestivo. En esos caminos andaba yo vagando sin rumbo, cuando en medio del silencio, me pareció escuchar una voz que me decía: Joven, no os afaneis en buscar los manantiales de la verdad aquí tan cerca; para encontrarlos, es preciso remontarse aguas arriba, en el ancho río de los siglos, dos y tres mil años atrás, hasta llegar al pié de esas grandes montañas llamadas Arquímedes, Pitágoras, Demócrito, Anaxágora, Plutarco y tantos otros; y aun así,

no llegareis al origen mismo de las aguas cristalinas, porque tras de esas montañas, se divisan otras y otras, lejos, muy lejos: apenas si se vislumbran sus cimas plateadas por la nieve, como blancos y lejanos cirrus, raspando el horizonte. Los modernos, contando desde el siglo XV hasta hoy, ¡que diablos! muy poco han hecho. Lo que si han hecho, es apoderarse de las verdades dejadas por los antiguos, pulirlas, darles lustre, quitándoles el moho depositado por el tiempo; raspar una que otra faceta mal cortada, para después presentarlas al respetable público con vistosas etiquetas. No hablemos de filosofía, puesto que los modernos no han agregado una palabra más sobre estas cosas. Tratemos de lo que llamamos nuestras grandes conquistas. Si Vd. quiere, principiemos por la ciencia del cielo, lo más grandioso, lo más exacto, y digno de atención, y al mismo tiempo lo más despreciable para todo espíritu vulgar y atortillado. Veamos: gravitación universal.

— Newton, siglo XVII — modernísimo —
le contesté.

— ¡Pero mi amigo! si esto era conocidísimo por los antiguos. Creame; no pretendo menoscavar la gloria de Newton, gloria que honra á la humana especie, sino probar que la idea no era original. — Escuche — dijo — y ví moverse las páginas amarillas de un libro viejo, con grandes góticas. Oiga Vd. lo que decía Plutarco, ese griego entendido en ciencias y en letras, — mil quinientos años antes que Galileo y Newton trataran de la caída de los cuerpos, ó sea de lo que llamamos *gravedad*, punto de partida que sirvió á este último sabio para deducir su ley universal de la gravitación. Habla Plutarco: «una atracción reciproca » entre todos los cuerpos, que es causa » de que la Tierra haga gravitar hacia » sí los cuerpos terrestres, así como el » Sol y la Luna hacen gravitar hacia » sus cuerpos todas las partes que les » pertenecen; y por una fuerza atractiva, » las contienen en sus esferas particulares.... »

— ¿Qué me dice Vd. de esto?

— Que estoy sorprendido, y que recuerdo la manzana de Newton. ¡Siempre

esta fruta con papeles importantes! Veo que la cuestión de la *gravedad* se agrava.

— Ya lo creo! — dijo la voz.

— Sin embargo, — observé — Galileo y Newton, comprobaron experimentalmente las leyes que rigen á ese fenómeno del que tan claramente habla Plutarco, y á mi entender, esa es su gloria.

— Conformes — dijo la voz. — Ahora — prosiguió — Vd. sabe que partiendo de este fenómeno terrestre y con ayuda de las leyes de Kepler, Newton dedujo la universal: la gravitación. Veamos si los antiguos conocían esto. Aquí tiene Vd. lo que decía Pitágoras...

— Si me permite Vd. — señora voz... Según dicen, no eran suficientes las leyes astronómicas de Kepler para deducir la atracción universal; sino también las mecánicas de Huyghens, y las físicas de Galileo: esos fueron los tres puntos de apoyo de Newton.

— Está bien; pero atienda Vd. lo que decía Pitágoras — continuó la voz — dos mil años antes que Newton. — Verá Vd. que la célebre ley del *cuadrado de la distancia*,

esa hija de Newton, era perfectamente conocida por los antiguos.

«Una cuerda de música—dice Pitágoras—
» dá el mismo sonido que otra de doble lon-
» gitud, cuando la tensión ó fuerza con que
» esta segunda está estirada, es cuádruple; y
» *la gravedad de un planeta es cuádruple*
» *de la otra que está á una distancia doble.*

» En general, para que una cuerda pueda
» llegar á estar unísona con otra más corta,
» de la misma especie, debe aumentarse su
» tensión en la misma proporción que es
» mayor el cuadrado de su longitud; y para
» que la gravedad de un planeta llegue a
» ser igual á la de otro más próximo al Sol,
» debe aumentar á proporción que es mayor
» el cuadrado de su distancia al Sol ». « Así
» pues, si suponemos unas cuerdas músicas
» extendidas desde el Sol á cada planeta,
» para que estas cuerdas llegasen á estar
» unísonas, sería preciso aumentar ó dismi-
» nuir su tensión, según las mismas propor-
» ciones que serían necesarias para ser
» iguales las gravedades en los planetas ».

— ¿Cómo encuentra Vd. todo esto?— dijo la voz en tono sarcástico.

— Sencillamente hermoso y exacto — contesté. — Veo — agregué — que á más de ser un sabio el tal Pitágoras; fué un artista; porque hay delicadeza y gusto en esa comparación de las cuerdas músicas. — Me permitiría Vd., señora voz, una pequeña fantasía con variaciones sobre este hermoso tema de Pitágoras, el que á su vez ya fué variado por Kepler, ese sabio con temperamento de poeta, casi visionario, según Tyndall? — Diferirá algo en la forma, pero no en el fondo, con la fantasía Kepleriana.

— Hágala — dijo la voz — aunque no soy aficionado á las variaciones.

— Pues yo me lo figuro á nuestro sistema planetario, como á un instrumento de cuerda gigantesco, de forma sensiblemente circular, flotando en el negro espacio sin fondo, cual un enorme pulpo luminoso. Sus ocho largas patas ó tentáculos, serían las cuerdas que retienen los planetas, las que van á enrollarse sobre un brillante clavijero, el Sol; enorme y dorado clavijero, que afloja ó tira según los caprichos del artista. La nota más aguda, necesariamente le daría la cuerda de Mercurio, por ser la más corta;

la de Neptuno emitiría la nota más profunda y grave, por ser la más extensa, y estas dos cuerdas darían la octava. Dentro de este par de notas límites, tendríamos las seis restantes de la escala natural, dadas por las cuerdas de los seis planetas que faltan. Y si á Neptuno, la nota más grave de la escala, le llamamos *do*, Urano sería *re*, Saturno, *mi*, Júpiter, *fa*, Marte, *sol*, Tierra, *la*, Venus, *si* y Mercurio *do*.

Pero analizando un poco este instrumento, nos encontramos con que se le ha cortado una cuerda, quien sabe cuando; probablemente al ser templado por primera vez.

— ¿Qué diablos dice Vd?—rezongó la voz.

— Lo que oye — Entre *sol* y *fa*, debía existir otra cuerda, según cierta ley de reparto que Vd. conoce: se le buscó con afán, y por fin fueron encontrados sus pedazos.

— ¡Ah! se refiere Vd. á la zona de los planetóides? Son pedazos, según y conforme.

— Habrá notado Vd.—proseguí— que la cuerda de nuestro planeta debe dar el *la*, lo que es un honor para nosotros, por ser

está nota la fundamental en la música moderna. Así que todo artista que quisiera tocar algo en el magistral instrumento, tendría que pedirnos el *la* para afinarlo: seríamos al diapasón de nuestro sistema planetario. Algunas de estas cuerdas tienen campanillas suspendidas á su alrededor, las que juegan un buen rol en el concierto. Por ej: la cuerda *do* grave, tiene 1; *re*, 4; *mi*; 9; *fa*, 5 (1); *sol*, 2; *la*, 1; á *si* y *do* agudo, no se les conoce ninguna.

— ¿Ha concluido Vd. con sus variaciones?

— Démoslas por concluidas — contesté.

— Muy bien. Volviendo á lo que decíamos — prosiguió la voz — ¿conocían ó no los antiguos la ley de atracción?

— Se ve que la conocían, pero lo que no sabemos es si supieron desmostrarla y comprobarla matemáticamente como lo hizo Newton. Vd. recordará que Newton probó, de la manera más sencilla, valiéndose de la Luna, aquello de que la atracción se ejerce

(1) En 1892, Barnard, astrónomo yanki, descubrió un 5º satélite á Jupiter; y en 1898, Pickering, también yanki, un 9º satélite á Saturno, valiéndose de la fotografía, en el observatorio de Arequipa, Perú.

en razón inversa del cuadrado de la distancia: un niño entiende la demostración del gran sabio.

— Ahora fijese Vd. — prosiguió la voz — si es que los antiguos conocían el sistema de Copérnico, de que tanto nos vanagloriamos. Escuche lo que decía Plutarco: «Pitágoras creía que la Tierra era móvil y que no ocupaba el centro del mundo, sino que giraba alrededor de la región del fuego, por la cual entendía el Sol».

— Aristarco Samio enseñaba igual cosa y fué acusado de impiedad según Arquímedes « por que alteraba el reposo de Vestes y los Dioses Lares ».

— En todos los tiempos, la misma historia.

— Es verdad; pero en cuanto á lo de Copérnico, el inmortal canónigo de Thorm, recuerde Vd. señora voz, que él mismo cita las fuentes en donde bebió y que no son otras que las indicadas por Vd. Lo mismo debemos decir de Newton: cuando fué atacado, sus discípulos lo defendieron citando los autores antiguos de que se valió. Todos estos grandes hombres, señora voz, no hicieron más que reavivar con su genio las

teorías antiquísimas que yacían sepultadas bajo la ceniza de los siglos, y la verdad brilló de nuevo, así como un carbón casi apagado, chisporrotea y arde al contacto del oxígeno.

— Perfectamente — dijo la voz — Voy á probarle con papelito en mano — que muchas otras teorías y célebres descubrimientos de los modernos, fueron conocidos y enseñados por los antiguos.

— No se moleste con más citas. Estoy enterado y convencido. Sin embargo, debo decir á Vd. que no me ha presentado una sola demostración de los antiguos en ninguno de los casos tratados. Pruebas racionales habrán tenido, seguramente, pero los modernos idearon las experimentales, que entran por los ojos, y las análíticas, que entran por la inteligencia. Newton y otros, probaron la rotación de la Tierra por la desviación al este que sufre la vertical de un cuerpo que cae desde gran altura; y en nuestros días, Foucault probó lo mismo con sus clásicos experimentos que lo han inmortalizado. En fin, señora voz; todos creemos tener razón y nadie la tiene por completo.

Es cierto que las cosas cada día se ven más precisas, más grandes, más exactas, pero la claridad no aumenta: lo que se gana en amplificación, se pierde en luz.

La humanidad navega hacia lo desconocido. Nuevas facetas brillan en el poliedro de infinito número de caras; nuevos eslabones se unen á la cadena interminable. Arden nuevas luces, aparecen nuevos faros; se avistan nuevos mundos y nuevos horizontes se descubren. La tripulación, ajitada, arroja la sonda en todas direcciones, y cuando cree haber tocado fondo, ó avistado tierra, un relámpago ilumina el mar sin límites y aparece la boca del abismo.

Pero la Verdad, esa sirena misteriosa y eternamente joven, canta siempre, siempre canta más allá.

¿Adónde vamos? — El rumbo nos es completamente indiferente, porque el espacio infinito no tiene rumbos. La constelación de Hércules, nuestra dirección actual, también marcha viento en popa.

— Estoy conforme con Vd. — dijo la voz — pero ya es tarde; otro día hablaremos. — ¡Adios! y adelante!

La noche había llegado sin sentirla, y el salón quedó desierto. Pero allá en el fondo, entre la semi-obscuridad, el gran reloj de doradas pesas, con calma imponente, hacaba su péndulo de bronce, dejando filtrar el tiempo gota á gota, al través de su engranaje complicado. De pronto, algo gruñe sordamente, y suenan, como dentro de un sepulcro, siete campanadas, lentas, tristes. Después, un suave y lúgubre tic . . . tac, llena el vacío que el silencio engendra.

UNA NOVENA EN LA SIERRA

IX

UNA NOVENA EN LA SIERRA

A la gente le gusta reunirse con motivos más ó menos plausibles, y hasta sin ningún motivo. Gustan las reuniones, entre otras cosas, porque en ellas se *hace sociedad*, es decir, porque en ese momento, todo prójimo tiene derecho á mentir é intrigar si la lengua se lo pide, así como en carnaval es lícito empapar á cualquiera hasta con agua sucia; porque es una ocupación y un refugio muy decente para los ociosos en general, y para toda persona que no sabe cómo, ni en qué emplear su tiempo, debido á la estrechez de su horizonte visible. Mas esto no quiere decir que haya reuniones

muy interesantes en donde no se hace sociedad y algo se aprende: todo está en la calidad de los elementos mezclados. Y si es verdad que él suicidio y la locura tienen su máximo en el verano, el *hacer sociedad*, debe tenerlo en el invierno, porque esta es la época de las reuniones, y la mejor hora para mentir es la noche, y las noches de invierno son tan eternas y penosas como los bostezos de esas pobres viejas señoras cuidadoras de novios, que aplastadas en un sillón, en el fondo de la sala, y acosadas por un sueño atroz, miran de reajo á los presuntos delincuentes, abriendo al mismo tiempo sus bocas tenebrosas, por donde escapa un torrente de aburrimiento y un suave bufido como de leones mansos y enjaulados.

Pero á todo esto, olvidaba yo decir que los pobres moradores de la sierra se aburren, y con razón; en esas noches crueles de invierno, cuando después de encerrar las cabras y asegurar el parejero en la ramada, cubriéndolo con la mejor manta de la familia aunque los hijos tiriten, se meten al rancho á tostar *áncua*, mascar

algarroba ó picar tabaco, en tanto que afuera se oye el grito lejano del zorro hambriento que quizá va meditando un plan de ataque á las gallinas, que apiñadas y esponjadas duermen tranquilas en el árbol de la casa; ó el aullido intermitente de algún perro visionario que de hambre ve fantasmas.

Es preciso acortar las noches y quedar bien con los santos, dos cosas que obtiene el campesino cultivando las novenas.

Todo hogar por más humilde y pobre, tiene su santo predilecto al que vereis entrando al rancho, algo así como escondido en un hueco ó sea el nicho. Casi siempre está muy sucio por las moscas y la tierra, pero adornadísimo con flores de lata, cuentas de vidrio blancas y celestes, sartas de cáscaras de huevo de colores y estatuitas de yeso compradas al turco ambulante, quien, con su caja y lío á media espalda y su cara de imbécil, penetra, haciéndose el zonzo, hasta en los últimos rincones de la vivienda, explotando al mundo entero.

Acúdese al santo, cuando faltan animales del rodeo; cuando el puma se ha cebado

en la majada; cuando el maíz tarda en nacer; cuando en vísperas de la carrera, el parejero deja la ración; cuando en noches de tormenta, retumba con fragor el trueno en las quebradas y el rayo hace chispear las cumbres con su eslabón fulgurante. A él se acude en todo y para todo, obteniendo muchas veces su intervención bienhechora.

— Mire niño que esta es la última noche de la novena, así que espero no nos falte — díjome el viejo Quiterio, dándole con el talero un *chirlo* suave y sonoro á la mula que montaba, la que se encogió toda nerviosa. Yo mesmo vendré á buscarlo, porque la Luna sale tarde y la noche va á estar más negra que un sótano, y no quiero que se me vaya á despeñar en algún precepicio.

De ocho á nueve, llegaba ño Quiterio, bien emponchado, de guardamonte y fumando en chala, sobre su mulita espantadiza.

— ¡ A la orden, niño! — dijo — y marchamos.

Noche fría, obscura y limpia (1).

(1) En Mayo.

El cielo todo, profundo y sereno como el abismo, brilla y palpita suavemente. La Via-láctea, atravesando de banda á banda el firmamento con su luz mortecina, semeja la proyección lejana de un faro gigantesco sobre un mar inmenso. Entre las joyas de nuestro cielo austral, la *Cruz del Sud* fulgura con cierta sencillez encantadora: inclinada hacia el Polo, como una blanca flor, como un lirio, lo señala eternamente. Un poco hacia el este de la Cruz, centellea inquieta la preciosa estrella doble *alfa* del Centauro; con su luz rojo-pálida, se parece á una granada al madurar: próximo á ella, cual enorme serpiente que quisiera tragarla, la Vía-láctea cierra sus dos brazos bifurcados. Al este, la hermosa estrella Antares — el corazón del Escorpión — llama con luz sangrienta. Más arriba sigue la Balanza, despues, Espiga de la Virgen, de luz suave y celeste como una violeta.

Al sud-oeste, como un trozo de diamante va alejándose Sirio, la estrella gigante, hoy más blanca que un armiño y roja en tiempos de Séneca; la que anunciaba á los egipcios las crecientes del Nilo; la *estrella*

cantacula. Más al sud, Canopus, casi tan blanca y hermosa como Sirio: es el piloto que dirige la nave de los Argonautas; van en busca del vellocino de oro. Arcturo al nor-noreste, como dorada á fuego, y Achernar al sud, rasando el horizonte, brillan solitarias.

— ¿Qué es lo que divisa tanto, niño? — dijo el viejo animando la mula que amenazaba espantarse.

— Miraba esa larga cinta de luz lechosa que alumbra como sin ganas, allá arriba — le contesté, señalando la Vía-láctea.

— Y la verdad que está bastante relumbrosa — dijo ño Quiterio levantando la cabeza: — parece como si fuera el tirador de plata con que el cielo se faja la cintura. Y ese es el único tirador con *chafalonía* que veo durar á su dueño, en estos malos tiempos que corremos — dijo con tristeza. — Y sabe niño porqué le dura? — Porque en el cielo no hay cuestiones con Chile, ni política, ni jueces de paz, ni escuagras que mantener, ni pulperías, ni casas de empeño; sino, ¡qué años que estaría toda su plata convertida en barra y requeteguardada en

el baul de algún *gringo* masón! ¡Pucha con los *gringos*! Ni bien llegan, pelechan, y al rato ya son patrones.

—¿Y porqué no le gustan los *gringos*, ño Quiterio?

— Pero porque nos van arrinconando día á día. Y sino, fijese, niño: donde el *gringo* se establece, la tierra sube de precio, y luego comienzan á caer los grimensores con sus manojos de palos pintados y el *teodorito* á los tientos. Eso sí; no salen ni atrás de la casa sin el *teodorito*. ¡Y vean que hazaña! porque se necesita ser muy enteramente chambón para no sacar una línea más reuta que una vela, rumbeando con el *teodorito*. No hay más que clavar bien en el suelo las tres patas del instrumento, y dejar que la áuja himaltada comience á olfatear el norte con su hociquito puntudo. Al principio la verá Vd. algo asustada, meneando la cola para todos lados como perdiguero que recién encuentra el rastro; pero en seguida comienza á rumbear, y al ratito ya la tiene Vd. apuntando al norte, y estremeciéndose toda entera, como el perro cuando ha parado la perdíz. — Bueno, como le iba diciendo,

después vienen los enredos con motivo de los lotes que midió el grimensor, por las hestáreas que faltan ó sobran; y por último llega la orden del patrón para que nos retiremos más adentro, porque el campo está vendido y vaya Vd. arreando con todo! — Una tarde, casi sol dentro — prosiguió el viejo — andaba yo campeando por los montes más ásperos de esta estancia, cuando de manos á boca me encontré con un *gringo* que parecía perdido. Daba lástima el verlo en un mancarrón *chupino* y como arpa; la montura en las ancas y el mandil en la cruz. Me recibió con desconfianza y no sé qué me dijo de *perduto*, haciéndome seña que le arreglara el apero. Se lo arreglé y lo llevé casi de tiro hasta las casas, donde le dimos de comer y las mejores caronas para que tendiera esa noche. Al otro día, sol alto, después de echarse á pecho un tarro de leche de cabra recién ordeñada, y comerse un pan francés redondo que sacó del seno, se despidió, queriendo antes pagar el *guasto*; le dije que no fuera infeliz, y salió al tranquito, haciéndole retumbar la barriga al pobre caballo

con sus botines de palo. Cuando se retiró, le dije á mi mujer: mirá ché, Agapita; este *gringo* es mala seña. Luego vendrán los grimensores y después ¡abur! Y así fué, ¿Pero sabe niño quién es ese *gringo* ahora? Don Pietro, mi patrón! y muy güen patrón. ¡Las vueltas que da el mundo!

Ladridos de perros interrumpieron nuestra conversación. — Ya estamos en las casas — dijo ño Quiterio componiendo el pecho. Al mismo tiempo se vieron muchos puntos de fuego que brillaban y se movían en la obscuridad, como las pupilas del Diablo: eran los cigarros de los concurrentes á la novena. A los ladridos, la gente había salido al patio, fumando.

— Qué no ha venido la Restituta? — preguntó ño Quiterio, apeándose.

— La estamos esperando desde cuanta, lo mismo que á Vds. — contestaron.

— Bueno, al fin la pobre es la única novenanta del vecindario, y en estos tiempos los santos apuran. Hay que disculparla. Y si vamos á ver, vale la pena esperarla; porque lo dudo que haya quien glorieie un rosario ó un trisagio con más garbo y afi-

ción que la Restituta. Si da gusto el oirla! Parece un cura en maitines.

— ¡Coomo no! — contestaron todos.

— Por ahí vienen cantando — dijeron.

— Si vienen cantando ella es — dijo ño Quiterio — porque de noche y andando, no le sabe parar la garganta á la Restituta: es peor que rana en charco.

Se hizo silencio, y en seguida pudimos escuchar claramente un triste á dos voces y en modo menor.

« Hasta la leña en el monte tiene su separación. Tiene su separación — Una sirve para santos, y otra para hacer carbón ».

— Ella es — dijo ño Quiterio — y viene con Grabiél. — « ¡Una sirve para santos y otra para hacer carbón! » — y esa es la verdad, aunque hay gente que pasa por santa y ni para carbón sirve — agregó el viejo, al mismo tiempo que la pareja cantora llegaba al patio, dando las buenas noches.

— Buenas se las dé Dios, pero bajensen y entren, que las velas se acaban y la helada es respetable — rezongó ño Quiterio. — ¡Che Quiterio!

— Quiterito! — Tráite el bozal y acomodo-

dale el pangaré á la Restituta — ya sabés que es mañero de oreja ¡eh!

— Hace mucho frío tatita; preste el poncho si quiere — dijo el muchacho asomándose.

— ¡Tomálo!

Se abrió la puerta del rancho y entramos, menos señá Restituta, quien prefirió ver acomodarse á su caballo.

En la pequeña pieza revocada con barro, encontramos un grupo de mujeres con sus vestidos domingueros y sus caras bien lavadas. Sentadas en hilera, tomaban mate de café en jarro. En la negra pared se destacaba el nicho, iluminado con velas de sebo calzadas en botellas.

Dentro de él, y como sofocada por tanto adorno sucio y chillón, está la Virgen del Carmen, linda imagen, completamente rodeada por una alegre bandada de angelitos rubios, vivarachos y rollizos, que revolotean á su alrededor con impertinencia de niños curiosos: es un enjambre de doradas y zumbantes abejas, persiguiendo á esa rosa que navega en el espacio sobre plateada nube.

En los rincones del cuarto se ven pilas de zapallos, maíz en espiga y algarroba á granel. Dos camas cubiertas con rojas frazadas de lana á listas verdes; debajo de las camas, gallinas empollando en fuentes viejas de lata; sobre las camas, varios cuzcos sucios y lanudos, rascándose á toda máquina y desgranando á los cuatro vientos, pulgas, garrapatas y otros ápteros. Pendiente del techo, cual espada de Damocles, una media res de cabra amenaza reventar un ojo á cualquiera con su pata rígida. Más arriba, sujeto con tientos á los tirantes, y algo combado, se encuentra el zarzo, amarillando de quesos y coloreando de pelones.

Del techo, también, oscila un pequeño cajón donde duerme el último nieto de ño Quiterio, quien al entrar le echó sobre la carita su gran chambergo negro.

De todas las rendijas asoman lazos, lonjas, tientos, tijeras, limas, leznas, mates, bombillas, alpargatas y envoltorios sucios. En el suelo muchos perros de todos calibres, y pulgas bastantes.

Abrese la puerta y entra señá Restituta fumando y susurrándole el vestido de per-

cal rosa, tan enérgicamente almidonado y planchado, que podría pararse solo.

Más bien baja; cuerpo cuadrado; mucha cadera y poca talle; sobre los hombros y prendido al pecho, un gran pañuelo de espumilla amarillo floreado de azul; grandes aros de doublé con piedras verdes, y arriba de todo esto, un rostro varonil, iluminado por dos ojos claros, grandes y apacibles, como los de una gata remolona. — Aquí estamos — dijo — avivando su cigarrillo de anís en grano, el que chisporroteó alegremente. Otro chupetón al pucho para abandonarlo, y se dirige al nicho persignándose en alta voz.

Movimiento general en la pieza, composuras de pecho, toses y escupidas sonoras. Se hace silencio, y después de una salvezada en coro con sencillo fervor, señá Restituta abre con pausa su librito de la Virgen del Carmen, y comienza á hojearlo, humedeciendo de vez en cuando su dedo índice en los labios. Busca el último día de la novena; ya está. En seguida tose sin ganas, y sacando una horquilla de sus trenzas, despavesa las velas de sebo que arden triste-

mente, con sus largas mechas carbonizadas como flores negras.

Lee pausadamente, con voz hombruna y monótona. Todos repiten lo que ella va leyendo, y en el conjunto enmarañado de tantas voces discordantes, se destaca claramente la de doña Restituta, cual moscardón que zumbara entre moscas y mosquitos.

— Aquí se pide lo que se desea conseguir — dice la novenanta con gravedad — y un profundo silencio siguió á estas palabras, el que duraría veinte segundos. En ese corto intervalo en que la Tierra se había trasladado cerca de seiscientos mil metros á través del espacio, todos hicieron su pedido á la Virgen del Carmen, con humildad sincera y esperanza firme. Más tarde supe algo de lo que se había implorado. Unos querían que lloviera para el trigo que debían sembrar pronto; otros que no lloviera hasta concluir de recoger el maíz. Doña Restituta vería con agrado que vinieran á la sierra muchos *porteños* enfermos para vender á buen precio sus pollos y sus cabritos. Quiterito deseaba ser domador, y por lo pronto pedía un lazo.

Después de la común imploración, comenzaron los gozos. Al final de cada cuarteta, recitada en tono declamatorio por señá Restituta, la concurrencia toda contestaba en coro: « por tu pureza te pido el dón de la castidad ».— El estribillo se repetía siempre, monótono, interminable. Ño Quiterio debía estar fatigado ó de mal humor, porque refiriéndose al estribillo, le oí refunfunar esta observación: « Yo no sé esta gente páque pide lo que no hai cumplir » — « Y lo que no les hai durar » — agregó otro viejo.

Por fin la novenanta cerró el librito, y dirigiéndose á la concurrencia, dijo: ¡vamos á ver! canten! Y entonó la salve á la Virgen en movimiento de andante maestoso.

Entonces el rancho entero vibró como un órgano, y la hermosa plegaria, modulada por todos con afinación perfecta y cristiano fervor, se remontó á las alturas, por sobre los bosques, valles y montañas, en donde el pájaro y el insecto, el agua y la flor, también cantan su plegaria, y fué á confundirse y desvanecerse en lo inconmensurable: en el espacio, en el tiempo, en el infinito.

Concluida la novena, toda la gente se

revolvió con bullicio en la pieza, y las lenguas rompieron el fuego por orden disperso.

Abranle cancha á Quiterito! — dijeron — y apareció el muchacho mordiéndose el labio inferior, el cuerpo arqueado hacia atrás, y el poncho arrastrando, sosteniendo á duras penas un gran brasero colmado de brasas crepitantes. Lo asentó bruscamente en medio del cuarto, nos miró á todos como azorado, y levantando uno de sus brazos hasta la cara, lo hizo correr por la nariz, desde el codo hasta la manga sucia y desprendida, la que aleteó como murciélago.

Doña Agapita, la dueña de casa, colocó sobre las brasas dos pavas rebalsando.

— Que cante señá Restituta — dijeron por ahí.

— Eso es, que cante — repitieron todos. — Pásenle la guitarra.

— Estoy media ronca — dijo la novenanta, mientras armaba su cigarrillo de anís en grano. Quiterito, de un salto, estuvo en el brasero, y levantando una brasa en la cuchara de la yerbera, la sopló, y se la presentó á la cantora, quien encendió su cigarrillo.

Más ó menos golpeada llegó la guitarra á manos de doña Restituta. La tomó, y encorvándose toda entera sobre el instrumento, comenzó á templarlo, aplicando sus cinco sentidos menos uno, en la delicada operación. Y digo menos uno, porque el cigarrillo de anís, arrinconado en un ángulo de la boca de su dueña, dejaba escapar en silencio una hebra finísima de humo azulino, la que ascendiendo, iba á taladrar los ojos de la artista, obligándola á cerrarlos y á fruncir el ceño.

Pero cuando á fuerza de tanteos llegaba á poner en consonancia siquiera dos cuerdas, alguna clavija resbalaba, volviendo las cosas á su estado primitivo. — ¡Qué clavijas mañeras! — decía la cantora, rociándolas con abundante saliva.

— Es la seca — agregaba ño Quiterio.

— ¿Por qué no se la pasa al niño que se la tiemple — observó doña Agapita.

— Si no fuera molestia, que me la tiemple *por derecho* — dijo señá Restituta, entregándome la guitarra. — Se la volví afinada *por derecho*.

— ¡Ahora si es cierto! — dijo ño Quiterio
— ¡y silencio!

La cantora dejó el cigarrillo á un lado, se acomodó á su manera, comprobó ligeramente la afinación por octavas, y me miró agradecida; echó un sorbo de ginebra en bote, compuso la garganta, y comenzó con un pasacalle en *si bemol mayor*, para caer de golpe, y sin más trámite, á *sol mayor*, tomándolo por su relativo menor, (desacato que no se lo hubiera perdonado el dulce Orfeo) y principió la décima.

« En el mar de mi esperanza,
» A remos de una ilusión,
» Llevaba mi diversión,
» Navegando con bonanza;
» Más como vi en la tardanza,
» Que al paso que más remaba
» Más del puerto me alejaba,
» Quebré el remo, y naufragando,
» Llevo mi vida llorando
» Donde antes me regalaba ».

— ¡Eso es lindo! — dijo el viejo que cebaba el mate acurrucado junto al bracero.

— Y esos son versos! — agregó ño Quiterio — y no las pamplinas que cantan los mozos de áura.

Esta observación del viejo, me recordó aquella otra de Voltaire:

« *Ce qui est trop sot pour être dit, on le chante* ».

— ¡Silencio! — dijeron.

- « Ese tiempo venturoso,
- » En que todo era reir,
- » En que un dulce discurrir
- » Me indujo á creerme dichoso;
- » Ese placer, ese gozo,
- » Ese alegre calcular,
- » Ese halagüeño esperar
- » Con que viví seducido,
- » Todo se me ha convertido
- » En un amargo llorar ».

— ¡Ah *tigvera!* — Prendanlé una gruesa de *cuetes* á su salud, y sirvanlé un mate, en el de plata — dijo en voz alta ño Quiterio.

Se oyó un tiroteo infernal en el patio. Los cohetes chinescos alborotaron á los perros y animaron á los pobres caballos, que sin arte ni parte en la fiesta, soportaban la helada en silencio y cabizbajos, haciendo sonar de vez en cuando, como para no dormirse, las rodajas de los frenos que oprimían sus lenguas secas y amortiguadas.

Hubo tirones, y una que otra rienda cortada, pero en seguida cesó el alboroto con la intervención de los jinetes, quienes se dedicaron al arreglo de sus monturas para marcharse á sus casas ó á la pulpería más cercana.

Era sabido que ño Quiterio no daba bailes, así que no había para que esperar más.

Después de armar y encender cada uno su cigarrillo, montaron y fuéronse dispersando, unos silbando y otros canturriando en falsete sus estilos predilectos.

Las negras siluetas desaparecieron en la obscuridad, pero gracias al silencio de la noche, los cantos y silbidos siguiéronse oyendo por algún tiempo, aunque cada vez más débiles, porque la distancia iba adelgazando más y más los hilos acústicos que nos unían con los que se alejaban, concluyendo al fin por cortarlos imperceptiblemente, así como se cortan esas hebras finísimas de plateada telaraña, que en días primaverales suelen verse flotar en la atmósfera dorada y transparente.

Volvimos á entrar al rancho, donde encontramos á señá Restituta tomando mate

con la dueña de casa y Gabriel, marido legítimo de la novenanta, muchacho de 22 años cuando más, completamente anulado por su respetable cónyuge, quien le llevaría adelante cuarenta años por lo menos, y cuarenta años de práctica terrestre, deben ser respetados.

— Ché Grabiél — dijo la cantora — vé si te vas ensillando el pangaré para que nos retiremos cuanto apunte la Luna.

— ¿Y á qué hora irá á salir hoy — agregó — sacando de su seno algo exíguo, ún reloj de plata del tiempo del rey.

— ¿A qué hora salió anoche? la dije.

— ¿Anoche? Así como á las once.

— Entonces ahora saldrá á las doce más ó menos, porque cada noche se retarda cincuenta minutos.

— ¡Pero vea qué cosa! ¿Y cómo nunca le oí decir esto al cura?

— ¿Y qué tiene que ver la Luna con la doctrina? — observó doña Agapita.

— Así parece á primera vista — dijo la cantora. — Pero mire que en este mundo todas las cosas se van engançando y enredando como los pensamientos en la cabeza.

Y sépaselo que el señor cura fué oficial de buque en sus mocedades; según dicen, es hombre que sabe muchas cosas, y á mí algo se me ha quedado á fuerza de tanto oirlo. Siempre suele decir que no todo ha de ser doctrina, que á Dios se le conoce mejor estudiando sus obras que con palabras.

— ¿Qué tendrá que ver la Luna con la mar, doña Agapita? .

— ¿Y qué va á tener que ver doña Restituta!

— Pues según el cura, la Luna es quien le hace arquear el lomo al mar dos veces por día. — Dice que la Luna al pasar por arriba, lo llama, y el mar la sigue, como el parejero al cuidador cuando lo ve con el morral. — Y como la Luna pasa dos veces por arriba en un poco más de un día, resulta que hay dos levantadas y dos bajadas de lomo diariamente. Pero también el Sol lo llama al mar según el cura, eso sí, con menos fuerza que la Luna, porque el Sol está muy retirado... Pero cuando el mar hincha con ganas el lomo y se pone muy inquieto, dicen que es pa luna nueva, porque entonces la Luna y el Sol están en

fila, una trás de otro, y los dos tiran á la cincha para un mismo lado — ¡Y consideren Vds. esa yunta! — ¡Qué frisonos, ni bueyes mestizos! — Hasta tengo miedo que alguna vez me lo encuentren al mar algo liviano por cualquier razón y me lo levanten enterito por los aires como poncho que lleva el viento.

— ¡Jesús, ni Dios lo permita!

— ¡Mejor! — dijo ño Quiterio — así podremos llevar hacienda por tierra hasta la mesma Inglaterra. Y ahí veríamos qué nuevos pretextos nos ponen pa no recibir las tropas, esos *gringos* cosquillosos. — Qué fiebre altosa, ni fiebre altosa!

— Hechos los lindos, como si tuvieran tanta hacienda!

— ¡Pero déjenlos que se hagan del rogar! luego nomás han de venir á pedirnos por favor que les vendamos lo que caiga, hasta lo desecho.

— Bueno — dijo señá Restituta, volviendo al tema — esto de que hemos hablado, el señor cura le llama las mareas.

— Pues le confieso que me ha mareado con sus mareas — dijo doña Agapita, boste-

zando profundamente, y abriendo de par en par su boca hundida y elástica, dentro de la cual se vió brillar un colmillo solitario, como un oso blanco en su caverna.

—Y también debo decirle — agregó — que á su señor cura no lo arriendo las ganancias con tanta masonería.

—Ya está el pangaré señora — dijo Gabriel, abriendo la puertá.

—Y ya se debe venir viniendo la Luna — dijo ño Quiterio.

Salimos. Efectivamente; al este, un resplandor de fragua ensangrentaba el horizonte.

—Las doce y cuarto — dijo seña Restituta.

Los montes lejanos parecían incendiados. Los grandes árboles iluminados de abajo por esa luz roja de Bengala, comenzaron á tomar formas y actitudes verdaderamente diabólicas. Era un ejército de espectros gigantescos preparándose á bailar una gran danza macabra.

En el centro de la gran pantalla de luz escarlata que sobre el borde del horizonte se abría, asomó de pronto algo como una brasa ó hierro candente, la que ascendiendo

por momentos, fuese convirtiéndose en un disco cada vez mayor, hasta que el astro de los sentimentales, de los enamorados y perros visionarios, se presentó francamente dando las buenas noches con el retazo de cara de que aun disponía. Toda estropeada y carcomida por el tiempo; roja como lacre, abollada y deformada por la refracción; era su aspecto el de un alcoholista crónico saliendo del almacén.

— Bueno ya se puede ver la senda — dijo señá Restituta, alargándonos la mano. — Será hasta otra vez y que les vaya bien. Se aproximó al pangaré, colocó juntas las dos manos sobre el apero, y parándose en puntillas, Gabriel la solivió de los talones, yendo á caer la señora en plenas ancas del caballo, con todo el aplomo de una mona jinete. Don Gabriel montó adelante, haciendo girar la pierna derecha con tal precaución y arte criollo, qui ni aire siquiera le echó á su vieja mitad.

— La Virgen le hade pagar todas estas molestias — dijo ño Quiterio dirigiéndose á señá Restituta.

— Dios lo quiera — contestó — y dando el último adiós, se alejaron.

Para mí, creó que esto de hacerse pagar las cuentas con Dios, la Virgen ó los santos, es un buen sistema para los tramposos, y sin embargo, ño Quiterio no era un tramposo.

Nuestras mulas estaban prontas, y seguimos el ejemplo de la cantora. El buen viejo se había empeñado en acompañarme. Hicimos rápidamente el camino de vuelta porque teníamos luz, y porque las mulas iban con hambre, deseosas, por lo tanto, de ser libertadas.

Cuando llegamos al patio de la estancia, la Luna se había elevado á buena altura. Ya no estaba congestionada, rubicunda; al contrario, tenía cara de clorótica con su luz amarillenta y débil. Es que se trata de una vieja flor del cielo; marchita, fría, deshojada y muerta: que en el cielo también la muerte rige.

LOS INSUPERABLES

X

LOS INSUPERABLES

—¿Y tú quien eres?— le preguntaba el Dr. Fausto á Mefistófeles en las primeras entrevistas que tuvieron, antes de firmar el pacto.

El diablo dándose tono,—y con razón,— respondió, según Goethe:— Yo soy el que siempre niega.

La misma pregunta debieramos hacerles á todos esos espíritus mezquinos, no excentos algunos de ellos de ilustración y de talento pero incapaces de reconocer nada bueno fuera de ellos mismos. Corazones cerrados á todo acto benévolo, á toda expansión altruista, á toda sinceridad, en una

palabra: almas eunucas. Críticos de tan fino olfato para descubrir defectos y puntitos negros, que constantemente los vemos andar frunciendo la nariz y mirando de soslayo, cuando no restregándose los piés contra los umbrales, como si algo malo hubieran pisado. Sin embargo, no se me ha ocurrido compararlos con el Diablo ¡qué diantre! Mefistófeles, digan lo que quieran, fué un cumplido caballero; generoso, galante y siempre amable. Habrá tenido sus mañas y sus especulaciones como cualquier comerciante; habrá cobrado sus cuentas al final de la cosecha cargando algo la mano en la libreta ó en el fiel de la balanza, pero esas cosas se ven todos los días.

Los nuestros, los insuperables, son espíritus pequeños, podríamos decir de valor *negativo*, afectados del signo *menos*. Y considerándolos bajo este punto de vista matemático, nos explicaríamos varios fenómenos curiosos. Por ejemplo: ¿en que consiste que un insuperable jamás está de acuerdo con el juicio emitido por la mayoría pensante, imparcial y justa? Naturalmente, porque esa mayoría pensante representa

una cantidad de valor *positivo*, afectada, por lo tanto, del signo *más*: pero sabemos que *menos por más dá menos*. Vice-versa, ¿por qué un insuperable aplaude todo lo que esa mayoría rechaza ó niega? Porque en este caso la mayoría opera con signo *menos*, y sabemos que *menos por menos dá más*.

Se está en reunión de confianza, donde todos opinan con plena libertad; se discute con sinceridad y sin pretender pontificar. Todo vá bien; pero se incorpora á la reunión un insuperable: inmediatamente decaen los ánimos, la gente se encoje y la conversación pierde su encanto. ¿Por qué? Sencillamente porque á esa cantidad de valor *positivo* que llamamos reunión íntima, se le ha sumado una cantidad de valor *negativo*, el insuperable; y sabemos que adicionar una cantidad *negativa*, equivale á la sustracción del correspondiente número positivo. Si á 20 le sumamos -5 , nos quedan 15.

Sin embargo, existen insuperables completamente inofensivos y hasta útiles muchas veces, á los cuales la gente se complace

en darles cuerda porque algún provecho saca en ellos. Y son inofensivos, porque se consideran en otro plano, á una grandísima altura, más allá de los cirrus, con ser las nubes que más se elevan. Por eso es que nos hablan paternalmente. Su modo de decir es suave y acariciador, aunque algo meloso. Se parecen á esas frutas remaduras, pasadas de punto, envueltas en una finísima película de moho, chorreando jugo agri-dulce por todas sus grietas.

NOS VOLVEMOS YESCA

XI

NOS VOLVEMOS YESCA

Indudablemente no es una sola crisis por la que atravesamos, sino un enjambre, cual las Leónidas, y hasta de éstas tuvimos crisis, pues no volvieron á los treinta y tres años y un tercio como se lo prometieron al ilustre Schiaparelli: se declararon en huelga, dejándonos con la boca abierta sobre azoteas y puntos culminantes.

Biela-Gambart, individuo perteneciente á la orden de los vagabundos del cielo con melena luminosa, también se nos hace al lado faltando á la cita de seis años; aunque muchos temen por su vida, pues la última vez que pasó, llevaba la cabeza partida,

biseccionada completamente. Quizás lo bifurcaron de un hachazo por meterse en campo ajeno, pues debemos recordar que estos gauchos del espacio suelen cortar hasta siete alambrados de un hilo para aproximarse á la gran pulpería del rubio Febo, á más del campo de los Asteróides, esa zona plagada por una verdadera manga de planetitas de bolsillo, descubierta por Piazzzi — gracias á la ley de Bode y á su buen ojo — y cuyas órbitas se entrelazan de tal suerte que, al decir del astrónomo Arrest, tirando de una, podrían levantarse todas.— Pequeños munditos que deben ser una monada para habitarlos una familia corta, ó mejor aún, para hombres solos, porque de otra manera se presentaría la ley de Malthus y adios alegría.

Inglaterra, nuestro gran cliente carnívoro, ó más bien dicho carnicero, jura no comer carne á manteles con la Argentina hasta no sé qué fecha, sin fijarse que al castigarnos, pone en serio peligro la salud de sus muy amados perros, puesto que el hambre suele ser un factor de la hidrofobia. Alguien dice que nos faltan hombres, etc.

Gozamos, pues, de crisis meteórica, agrícola, financiera, cárnícera, de hombres, — mujeres sobran, según Latzina, — y ahora se nos presenta la crisis de agua, el elemento más barato y abundante que conocemos después de su primo hermano el aire.

Pero llegando á este punto, debemos hablar seriamente porque la cosa no se presta á bromas. Pasamos por una sequia espantosa. El higrómetro ha olvidado lo que es humedad, y la vegetación menor, no pudiendo esperar más, se calcina y pulveriza. Por la tarde, una faja de contornos borrosos y color gris-morado, se destaca sobre el horizonte. En seguida llega el Sol con una cara que dá miedo: se parece á un bandido ensangrentado que viniera huyendo de la partida: mira un momento hacia atrás, como si quisiera buscar algo en el arco recorrido, y dando un colosal mordizco al borde de nuestro planeta, fustiga su caballo y se hunde, incendiando de paso el horizonte.

Después, todo queda envuelto en un crepúsculo rojo, como si Mefistófeles hubiera hecho flamear su vistosa capa. Al siguiente

día el viento norte se presenta furioso, con la boca seca, pidiendo agua á gritos. Con sus enormes alas, recorre la pampa entera, estrujando todo lo que encuentra, sin poder esprimir una sola gota.

En su desesperación, pretende perforar la tierra con sus remolinos en tirabuzón, pero no consigue más que levantar á gran altura enormes copas ó embudos de finísimo polvo amarillo, con lo que parece pedir al cielo un poco de agua. ¡Vamos á ver! — dice — ya están prontas las copas, venga el líquido! Pero nada!

Entonces recuerda bramando, que en remotas épocas, esta misma planicie, la pampa, estuvo cubierta por el mar. ¡Oh, qué lindos tiempos aquellos, cuando agujoneado por un sol abrasador, alzaba el vuelo y se lanzaba hacia estas regiones, llegando al fin, después de mucho andar, cansado y sediento, y con su ancha y fina lengua, lamia ansioso la tersa superficie de las aguas! El mar entonces se erizaba y sonreía como si le hicieran cosquillas. Y el viento como un niño gigante que se entretuviera en hacer pompas de jabón, soplaba por su

enorme cañuto y surgían enjambres de nubes blancas y ligeras como bandadas de gaviotas. Pero ahora las cosas han cambiado. El mar se retiró al sentir que la tierra *hinchaba el lomo*, y el tiempo ha necesitado muchos miles de años para arreglar de una manera decente la cama que dejó el monstruo. Y hoy, un bicho insignificante, bípedo por más señas, rasguña la llanura con puntas de acero, y porque levanta una costra de cinco centímetros, cree haber ejecutado una obra de gigante. Pero bajemos de las nubes, porque en estos tiempos toda altura es peligrosa, y hablemos seriamente á flor de tierra. Debemos consolar-nos porque no solo nosotros nos secamos: el fenómeno es universal, al decir de los sabios: el planeta íntegro se vá secando como un bizcocho. Según el profesor Dumas, desde hace algunos años todos los exploradores y viajeros convienen en que la tierra se vuelve yesca, pues la superficie y profundidad de los lagos disminuye, los oasis se achican, las corrientes de agua se debilitan y muchas se extinguen, los desiertos se agrandan día á día como la man-

cha de aceite. Y sin embargo, la ley de evaporación rige siempre, dice el profesor belga; si los continentes se secan de una manera alarmante, será porque la evaporación se efectúa con mayor intensidad; pero sabemos que á mayor evaporación correspondería mayor condensación, es decir, que debería llover más en alguna parte, especialmente en la proximidad de los océanos, porque allí la atmósfera se encuentra más cerca del punto de saturación; pero no hay ninguna observación que pruebe que las lluvias hayan aumentado en las regiones oceánicas ni en ninguna otra parte del globo, desde que los continentes se secan.

De todo esto se deduce que la evaporación lejos de aumentar, va disminuyendo en todo el mundo.

El fenómeno apuntado por Dumas, también se observa entre nosotros. Recordando nuestras hermosas sierras cordobesas, á cada paso nos encontramos con anchas fajas doradas, que, cual enormes serpientes, zigzagean en todas direcciones. Pero no hay movimiento en esas fajas: es sólo el rastro del animal cristalino, cuando

en tiempos mejores pasaba y pasaba sin *cortarse* jamás, modulando en voz baja extrañas canciones. El agua ha desaparecido y la montaña está triste porque le falta su mejor melodía. Nuestros arroyos eran como enormes arcos de violoncelo, que al rozar los peñascos, les arrancaban hermosos cantos.

Ahora los violoncelos van callando: la fibra de los arcos disminuye cada día y el silencio invade. Es menester internarse en las quebradas y escudriñar sus recovecos, para descubrir al *ojo de agua*, oculto entre la grieta de una peña, circundado por helechos de hojas puntilladas; silencioso y tímido como una araña de cristal que tejiera su malla trasparente y fluida dentro de un precioso estuche verde. Está oculto y silencioso, porque si el Sol llegara á descubrirlo, se lo tragaría de un sorbo, como tragan los ingleses ostras frescas. La luz es su enemigo; sin embargo, por la noche, cuando brillan las estrellas en un fondo de acero, y los valles arrojan bocanadas de perfumes robados á la flor del aire, á la menta y al azahar, suele verse iluminado

el *ojo de agua*: es el *tuco*, ese animalito semejante á una esmeralda viva y luminosa, que después de haber hecho flamear á todos rumbos su preciosa cinta de luz verde, ha llegado hasta la mansión encantadora de la araña de cristal, y encarándose por entre los tallos renegridos y lustrosos de los helechos, se prepara á pasar allí la noche, pero antes de apagar su linternita, quiere ver el recinto iluminado y gozar de su frescor.

DIÁLOGO NOCTURNO

A mi amigo, el genial artista

Cárlos García Tolsa.

XII

DIÁLOGO NOCTURNO

El crepúsculo se extinguió lentamente como la vaga mirada de un moribundo, y tras de él, siguiendo sus pasos, pero sin apresurarse, llegó la Noche, fresca, melancólica y sonriente, como viuda joven que abriga esperanzas.

Llegó, y abriendo poco á poco sobre la Pampa inmensa, su hermosa sombrilla salpicada de luces, quedó pensativa.

Los escasos ruidos y murmullos fuéronse amortiguando hasta desaparecer completamente.

Entonces la Noche, con su mano impalpable, acarició las yerbas y pastos floridos,

y estos, en su obsequio, abrieron sus pomitos de finas esencias. . .

La Pampa sonrió y dijo — ¡Salud querida Noche! Al fin llegastes con tu quitasol! Te has hecho esperar demasiado: eso no está bien.

— Imposible venir antes — replicó la Noche.

— Ya lo sé, es una broma. Pero mira que hoy, ese rubio guarango y majadero, tu enemigo mortal, el Sol, casi me ha incendiado con sus miradas. Figurate que á medio día se plantó él muy ordinario sobre mi cabeza chata, y no hubo quien lo hiciera retirar. ¡Como si algo se le debiera!

— Y ya lo creo que le debes! — dijo la Noche.

— ¿Yo? No faltaría más! Pues que le debo?

— Nada menos que tu fecundación anual.

— Hazme el favor de no hablar disparates, mira que pueden oírte.

— Estamos solas — dijo la Noche.

— ¿Y la Luna?

— Oh! esa vendrá recién al amanecer,

cuando yo me haya marchado. Y después, aunque estuviera á nuestro lado, no habría ningún peligro. ¿No sabes acaso que la Luna es una vieja chocha, sorda tapia porque le falta el tímpano? Pobre vieja! Si no fuera que el Sol la ha tomado de reverbero y de espía á la vez, no serviría para nada. Ya sabes que esa bruja blanca es mi espía y la que alborota constantemente á ese inocentón del mar, tan grandote y tan simple, tan ciego y atropellado. Cuándo dejará de ser el juguete de esa vieja presumida! Si supiera que es una tarasca, remendada y picoteada; muy blanca, es cierto, pero á fuerza de vidriado y de cosmeticos, como las mujeres de hoy: unas verdaderas camelias... hasta la garganta. Además, es tuerta y reumática. Ah! te advierto que no hay como los tuertos para espías.

El reuma le atacó la cintura: no puede girar fácilmente. Recien cuando ha completado su ronda mensual, concluye de darse vuelta. Pero en ese momento se le achicharra el ojo completamente, y queda ciega por dos días más ó

menos. Uff!! es un cascajo, un verdadero cascajo.

— Ya veo que no andas muy en armonía con Selenia — dijo la Pampa. ¿Quieres que te hable con franqueza? Me parece que tu antipatía para con ella, se debe á que su presencia aminora el esplendor de tus joyas.

. — Así será, pero es una observación muy pueril, esa tuya—dijo la Noche. Pues ¿quién es la vieja Selenia ni el mismo rubio Apolo para contrarrestarme? Tú no me conoces, querida Pampa; ya se ve, no me conoces. Pues debes saber que yo soy la reina absoluta del espacio; todo él me pertenece. Eso que tú llamas con tanto garbo, el día esplendoroso, etc., es algo muy limitado: para mí vale tanto como el resplandor de un fósforo. Si tú pudieras remontarte un poco y atravesar la mayor parte de la atmósfera, llegando siquiera á la región por donde cruzan las estrellas fugaces, te encontrarías en tinieblas á las 12 del día, con el Sol sobre tu cabeza. Es que más arriba estoy yo con mi sombrilla y mis joyas, acompañada por mis dos hermanos, el Silencio y la Serenidad.

El espacio es un mar insondable y tenebroso, inmóvil y absolutamente frío. El frío absoluto, el cero absoluto, ¿comprendes? Esto es, la inmovilidad de la molécula, su verdadera muerte, aunque viendo bien, la muerte no existe.

Pues yo, con mis hermanos—prosiguió la Noche—llenamos ese mar, lo abarcamos, lo saturamos y en él flotamos eternamente. Esas luces que ves destacarse en el fondo de mi sombrilla y que tanto te agradan, pertenecen á los barcos que navegan en el inmenso mar. Se mueven en todas direcciones, trazando curvas gigantescas, aunque parezcan *fijos*. Todo es cuestión de tiempo. Algunos se acercan á tu pequeño esquife, la Tierra, otros se retiran, los que, con el infinito rodar de los siglos, irán desapareciendo lentamente hasta perderse para siempre en la inmensidad.

—No sé porqué estas cosas me entristecen — dijo la Pampa.

—La poesía del misterio es siempre triste —replicó la Noche, pestañando ligeramente.

— Como tú ves, todos esos navíos llevan faros espléndidos, pero á mí no me auyentan con su luz — dijo la Noche. — ¿Conoces aquel lindísimo acorazado que vá allí? — agregó, señalando á Sirio. Pues ese buque lleva un foco en su palo mayor, 147 veces más potente que tu Sol, el rubicundo Febo, mi gran enemigo, al decir de tí. ¿Y qué me hace, vamos á ver?

— Y aquel faro de 2^a orden — dijo la Pampa — que no siempre alumbrá con igual intensidad y que parece como si de cuando en cuando se le acabara el aceite.

— Dónde? — dijo la Noche.

— Allí al norte, en el Perseo, pasando las Pléyades.

— Ah! eso es un misterio. Es el buque Algol, *beta* del Perseo. La luz de ese buque es variable, intermitente. Sin embargo, oscila metódicamente. En un período que no alcanza á cuatro horas, casi se apaga durante veinte minutos, en seguida reacciona, volviendo de su desmayo en tres horas y media, para conservarse así durante dos días y pico.

—¿Y eso qué significa?— dijo la Pampa con curiosidad.

—Existen al respecto varias suposiciones, pero nada más que suposiciones. Se conocen muchos faros de esa clase, pero su luz es de un valor muy insignificante. Los más nombrados son, Algol, que acabas de ver, *eta* de Argos, tan celebrada por Juan Herschel, y Mira-Citi. Allí la tienes á *eta* de Argos; es la variante más notable de todo el cielo. En esta época del año queda arriba de la estrella mayor de la Cruz del Sud, diez ó doce grados; su luz, actualmente vale muy poco, y se encuentra como velada por un ténue resplandor porque la rodea una multitud de pequenísimos faros. Cuando Herschel vino á Sud-Africa con el objeto de estudiar la parte austral de mi sombrilla, dice que brillaba como el más hermoso faro de primera magnitud. ¡Lo que va de ayer á hoy! Pero su luz renacerá como el Fénix, de sus propias cenizas. Su período de oscilación se ha calculado últimamente en setenta años.

Mira-Citi se encuentra en la Ballena, aquí al N. O., muy cerca del ecuador celeste.

Su fluctuación dura casi un año, pero en su desmayo desaparece completamente á simple vista.

— Esto es muy raro — dijo la Pampa. Se me ocurre qué esos buques deben andar averiados y muy cerca de naufragar.

— En mi mar no hay naufragios — dijo la Noche — porque no tiene fondo ni superficie; no hay arriba ni abajo, nada cae ni sube: se anda siempre. Pero no estás descaminada, porque para mí, un buque de esos ha naufragado, cuando su faro se ha extinguido. Entonces quedan convertidos en unos verdaderos monstruos negros, especie de tiburones del espacio, ó si tú quieres, buques carboneros. En tal caso, mi sombrilla ha perdido una joya.

— No, replicó la Pampa, se ha transformado en un brillante negro.

— Está buena la salida, pero te confieso que á pesar de la costumbre, me aterra el ver andar rodando en las tinieblas esos buques negros, helados, sin vida: son mis fantasmas, mis negros espectros. Cuando los veo venir hacia mí, se me hiela el cuerpo.

— Y á mí también me está dando miedo — dijo la Pampa. — Hablemos de otra cosa.

— Y sabes cuantos faros se vislumbran? Oh! millones y millones! Todos esos faros pertenecen á buques jefes, y seguramente cada uno de ellos marcha rodeado de su flota, como el Sol con sus ocho cruceros y sus destroyers.

— ¿Y adónde se dirijen todas esas flotas? — preguntó la Pampa con voz trémula.

La Noche tragó saliva, y medio entre dientes, contestó: — es triste decirlo! sobre el particular no se sabe nada; no se conoce el puerto, no hay rumbo; se camina á ciegas en medio de la obscuridad y del silencio. Pero de todos modos no vale la pena inquietarse, pues nada se remediaría. La Tierra es un pequeño navío que lleva sobre cubierta más de 1500 millones de prisioneros. Estos millones de hombres no saben ni de dónde vienen, ni adónde van, ni en dónde estan. Ellos no pueden influir ni en la dirección ni en la velocidad del navío que los conduce, y sin embargo ¡los oyeras hablar de libertad!

— La dirección que llevamos sí se conoce — replicó la Pampa — seis ilustres pasajeros ó prisioneros como tú dices, la han determinado independientemente, discrepando muy poco en el rumbo.

— Aplaudo á esos valientes prisioneros — dijo la Noche — pero ¿qué sacarán con saber que el Sol los lleva hacia la constelación de Hércules? La distancia que los separa es todavía tan inmensa, que sería menester una eternidad para llegar, es decir, cuando la Tierra esté convertida en un cascajo como Selenia. Y suponiendo que alguna vez llegasen y preguntaran á sus vecinas, La Lira y el Boyero, por el Sr. Hércules, de seguro que les contestarían: ya no vive aquí; hace quinientos siglos que se mudó con toda la familia, y nosotros también nos vamos, si se le ofrece algo.

— Aquello de que no sacarán nada los prisioneros de la Tierra con saber el rumbo que llevan, francamente me parece que es indigno de tí, querida Noche — dijo la Pampa. — Esa observación quedaría bien en boca de un cananeo vulgar ó de un imbécil arrogante, de esos que hacen un culto del tanto

por ciento, de la patada y del box, pero no en tí.

— Pues retiro mi observación — dijo la Noche — algo cortada — y sigamos adelante. Es menester convencerse querida Pampa, que en el espacio vale tanto andar como estar inmóvil, pues no se llega á ninguna parte.

— Pero esto es proclamar el nirvana — dijo la Pampa abanicándose con agitación (aunque no encuentro con qué hacerla abanicar). Es matar toda ilusión, toda esperanza. ¡Esto acobarda, deprime, anonada, mata!

— Hay verdades dulces y amargas — dijo la Noche saboreándose. — Las dulces, alimentan como el azúcar, las amargas tonifican como la quina. Pero la mentira, por más dulce que sea, no alimenta jamás: es como la sacarina de un dulzor relajante y falso.

— Sin embargo, me quedo con lo dulce aunque me salgan lombrices — replicó la Pampa.

— Eso no pasa de una dulcísima imbecilidad — querida Pampa. Pues ¿por qué

temes reconocer la verdad? Se debe estar siempre dispuesto á recibirla, venga de donde viniere: eso se llama ser libre. Pero veo que nos vamos metiendo en honduras y el día se aproxima. Mira, Pampa desabrada: no temas por la suerte de tu buque ni por la de los otros, pues casualmente el hecho de no poder ser dirigidos por sus tripulantes, es su mayor garantía. Dejad que la gran flota universal hienda el espacio con sus quillas esféricas, y que sus velas invisibles se inflen al viento de lo desconocido; estudia si puedes, las leyes que rigen sus grandiosas trayectorias; gozad con el esplendor de sus luces polícromas cuando centelleen en mi negra sombrilla, pero no os inquieteis por su suerte, que el viento que la impulsa es el soplo incontrastable del Creador.

Esto diciendo, comenzó á plegar tranquilamente su sombrilla, porque notó que hacia el lado del oriente, alguien se le desteñía.

— Allá viene la vieja tuerta, precediendo al Sol — dijo la Noche. Me voy para el otro lado. Andando, me bañaré un buen rato en

el Pacífico y veremos lo que hacen en Australia y en el Asia — y se esfumó.

El alba triunfó; y entre las nubes rosas que anunciaban el día, la Luna se desvaneció como un fragmento de hostia en los labios de una virgen.

INTERMEZZO

XIII

INTERMEZZO

Hay cierta clase de honorabilidad que en las primeras apreturas ¡crack! se rasga, y esto le sucede porque es teórica, falsa, cuando más heredada, pero no adquirida. Mientras el caso de prueba no se presenta, el individuo se pavonea muy orondo con su valioso caudal, pero andando el tiempo, le pasa lo que á las mulas de carga: en el primer charco que encuentran se revuelcan con todo lo que llevan encima y ¡adios bolsas de arrope, quesos, pasas y pelones!



Generalmente el *hombre vivo*, de quien he hablado alguna vez, se cotiza á mejor precio en materia de consideración social que el hombre ilustrado y de talento. Sin embargo, el hombre vivo, representa la astucia en todas sus fases, y la astucia ó arte de engañar, corresponde á una facultad inferior: á los animales debiéramos aplaudirles sus cábulas, pero como el hombre se quiere dar el lujo de no ser animal...

La mayoría de los grandes hombres fueron y son completamente inútiles para mentir y perfectamente aptos para ser engañados por el prójimo inferior.

La política y el comercio son ambientes muy propicios para el desarrollo del *hombre vivo*: allí encontramos notables ejemplares de sangre purísima y brillantes aptitudes.



Por lo general, nuestros compatriotas millonarios y millonarias, se ocupan más en asegurar sus almas para la otra vida,

que de aliviar al prójimo menesteroso. Por eso es que vemos muchas capillas lujosas erigidas por ellos, muchas torres góticas con sus agujas apuntando al cielo, como queriendo abrir brecha para que pasen derecho las almas piadosas que las mandaron construir. Pero no vemos hospitales, ni asilos, ni casas de refugio, ni nada en fin que implique altruismo. De esa manera pretenden matar al Diablo y apagar el fuego del infierno, cuando realmente sería mejor apagar la sed y matar el hambre de sus semejantes, porque si las cosas anduvieron mal, me parece que el diablo se las llevará no obstante sus capillas y sus torres góticas.



Es claro que no hay crítica sino críticos, así como no hay enfermedades sino enfermos. A cada uno le duele el estómago de diversa manera; y si amí, en tal caso, me sienta bien una empanada, á otro lo dejará bizco. El juicio de ambos sobre la empa-

nada será distinto seguramente, pero los dos habremos dicho la verdad.

Cada época tiene su manera de ver y de sentir, y la mejor obra de arte ó de pensamiento será aquella que resulta nueva en todos los tiempos, que se adapta á todas las latitudes, que soporta todas las miradas aunque cambien mil veces de color. Don Quijote, la obra inmortal, ¿de cuantas maneras no ha sido interpretada desde la mañana aquella en que al famoso hidalgo se le ocurrió apretarle la cincha á su rocín y escabullirse sigilosamente por la puerta falsa, mientras el ama y la sobrina dormían á pierna suelta, y el rubicundo Apolo con su dorada cabellera... y «los pequeños pajarillos con sus arpadadas lenguas...»?



Eso de novela histórica, siempre me ha hecho cosquillas. Me suena tan mal como aquello de que tal azúcar *sala poco*, ó que un enfermo *ha sufrido* una gran mejoría.

La novela y la historia no debieran andar juntas ni en carnaval. Que cada una

haga lo que pueda por su cuenta y riesgo, para que después no se culpen mutuamente. Es una cruz que fatalmente tendrá que dar productos híbridos.



Antes se creía que el pensar era algo así como un honesto pasatiempo de gente ociosa; algo que requería tanta energía como la necesaria para rascarse ó para fumar, tendido de espalda, un buen cigarro. Pero hoy en día, gracias á la fisiología experimental, se sabe y se prueba matemáticamente, que el pensar con cierta intensidad, ocasiona un desgaste físico, por lo general, más intenso en igualdad de tiempo que el trabajo muscular.

Sólo después de conocer esta verdad científica, puede uno explicarse porqué, en general, es mucho más fácil y corriente, creer que dudar. Naturalmente, para dudar, es menester raciocinar, discutir, comparar, es decir, pensar, ó, en otros términos, trabajar, y la humanidad fué siempre inclinada al *dolce far niente*; mientras que

para creer, así no más porque sí, basta tener buena voluntad, ó más bien dicho, no tenerla.

Cuando en tiempo de los Borbones, — según dicen — fué nombrado el duque de Angulema gran maestro de la marina francesa, surgió de golpe una dificultad, y era que el señor Angulema se encontraba completamente disgustado con las matemáticas, al grado de no estar muy seguro de lo que era un triángulo.

Entonces se resolvió que el matemático más eminente de Francia instruyera al duque. Así se hizo, pero á las primeras de cambio el discípulo se empantanó de la manera más desastrosa, tanto, que ni con la palanca del gran sabio antiguo hubiera sido posible moverlo, si es que al sabio le dan el punto de apoyo que pedía.

Desesperado el gran profesor viendo que predicaba á un poste — y supongo que sudando y bufando como un maquinista en verano — se dirigió al discípulo, más ó menos en estos términos: « ¡ Monseñor! os juro que lo que trato de demostraros es la verdad ».

— ¡Pero, hombre! — exclamó el duque, abrazándolo: — ¿por qué no me lo dijisteis antes? Así nos hubiéramos librado de tanto número y cálculo, y de fatiga tanta.

De lo que se deduce que mejor es creer sin andar hurgando ni averiguando mucho... con tal de que sea cierto.



La oportunidad no admite espera; aprovecharla en su punto, es tan difícil como tomar de la cola á una rata que se escurre en la cueva.



Existen dos gremios por quienes tengo compasión: los maquinistas y los periodistas. No me explico cómo se puede vivir metido en un horno, asado, engrasado, tiznado, paralizado, aspirando un aire enrarecido, entre humo, carbón, aceite y cenizas.

Y los periodistas ¿cómo hacen para escribir siempre, tengan ó no tengan ganas, tiempo, ideas, voluntad? Aunque es cierto que algunas veces resulte como si escri-

bieran con los pies. Hay momentos en que ni con prensa hidráulica se le puede hacer destilar al cerebro; sin embargo, el del periodista, á la menor presión, algo destila: se parecen á esas vacas escuálidas de los tambos á las que nunca les falta cuatro chorros azules y bulliciosos para llenar la copa de espuma al dispéptico marchante.



· No es solamente Renan: en el fondo de toda alma sensible, como en el fondo del mar de la leyenda bretona, también se encuentra sumergida una misteriosa ciudad de Is con sus torres de agudas flechas. Y en noches tranquilas se escucha el tañido misterioso de sus campanas que suenan allá, en las lejanías del pasado, como esfumadas en la penumbra de los recuerdos. Mas para percibir con nitidez sus dulces vibraciones, es menester encontrarse lejos del « mundanal ruido », lejos de la malicia, del artificio, de la intriga, del odio y lo más cerca posible de la Naturaleza.

VELORIO SINIESTRO

XIV

VELORIO SINIESTRO

Corrían los tiempos de la tiranía.

El estampido seco y estridente de una descarga de fusilería, repercutió por todos los ámbitos de la ciudad; y el cielo encapotado y triste de una tarde de invierno, devolvió hacia la tierra el eco infausto de la pólvora, como si no quisiera participar de tanto crimen.

La campana mayor habló de agonía con su voz grave y solemne, invitando á orar por las almas de los tres ajusticiados que en ese momento caían del banquillo.

Cumpliendo su piadosa misión, los miembros de la Hermandad del Pilar, recojieron

apresuradamente los tres cadáveres, los amortajaron y colocaron en sus ataúdes, llevándolos después al templo para velarlos esa noche como de costumbre. El velorio se hacía por turno, tocándole dos horas á cada uno de los socios.

A eso de la media noche, llegaba á la iglesia el doctor X., bien arrebozado en su amplia capa, con el objeto de relevar á otro doctor en la fúnebre guardia.

Es bueno saber que á la Hermandad del Pilar, pertenecía la flor y nata de Córdoba, por eso es que entran y salen doctores.

Después de una breve oración, el relevado se retiró, y sus pasos que en un principio llenaron la nave solitaria, se extinguieron en la calle sombría y desamparada.

Lloraban las nubes lentamente, envolviendo á la ciudad dormida en un tul finísimo de lágrimas.

De tarde en tarde, oíase el alarido prolongado y tétrico de los centinelas.

Quizás en ese momento lloraban también las madres, hijos ó esposas de los muertos.

Dentro del templo, tibio y silencioso, flotaba en el ambiente ese perfume vago y embriagador que exhalan las flores marchitas; triste y dulce perfume por ser el último canto de la flor moribunda, las últimas notas de una melodía que se esfuma.

Las imágenes de los santos, en sus variadas actitudes, miraban hacia los féretros con insistencia extraña; y los cuatro cirios de llamas inmóviles, lloraban también lágrimas de cera.

Algunos murciélagos, con su volido ondulante, cruzaban la nave de un extremo al otro, y chillaban de gusto, cuando al pasar como flechas por entre los cirios, lengüeteaban las llamas: — parecían columpiarse entre el coro y el altar mayor, ajitando el aire con sus alas de trapo y sus chirridos de goznes sin aceite.

De vez en cuando, la madera reseca de los confesonarios, embotada por la humedad, crugía lastimosamente, como si soporara el peso de grandes pecados. Después, volvía á reinar un silencio mortal.

— Me permite una palabra — dijo — alguien, con voz trémula y débil.

El doctor se estremeció y miró hacia la puerta, pero él bien sabía que estaba cerrada.

— No se asuste señor; yo soy Pérez y estoy vivo — dijo la voz.

El doctor dió vuelta, y quedó estupefacto.

Entre los cuatro cirios amarillos, se destacaba un fantasma blanco y ensangrentado.

— Salvame señor; le aseguro que no estoy muerto — dijo la visión. Me hirieron un brazo y en el pecho y me hice el muerto.

— ¡Es posible! — dijo el doctor, después de un momento de silencio y como saliendo de un sueño. ¿Qué significa...? ¿Cómo es esto...? Pero entonces, está Vd. vivo? — Bueno; bájese y salgamos: pronto! pronto!

— Ayúdeme á bajar — replicó el fantasma.

El doctor se aproximó, alargándole la mano. — Ahora, póngase Vd. mi capa sobre la mortaja y vamos — dijo.

Salieron, cerrando de nuevo la puerta.

Lloraban las nubes, y un viento frío pulverizaba sus lágrimas heladas, azotando con ellas muros y tejados.

— Al convento de los Franciscanos — dijo el doctor.

Oyose de nuevo el grito lejano de los centinelas. Y la intensidad de los destemplados alaridos, disminuía, aumentaba ó se extinguía de golpe, según las ráfagas de viento. El vendaval jugaba con las voces, como juega el gato con los ratones.

Llegaron á la portería del convento, agitando rápidamente la campanilla. Se oyeron pasos y ruidos de llaves, y el portón se abrió. Un lego asomó su cabeza encapuchada.

— Queremos hablar con el padre Guardian; es urgente hermano.

— Está bien — dijo el lego, cerrando la puerta.

Después de un momento de expectativa anhelante, volviéronse á oír pasos, y ese tilinteo suave y simpático producido por el choque de las medallas y las cuentas del rosario: apareció el padre guardian, tranquilo y amable. El doctor lo puso al corriente de lo acontecido, entregándole el reo para que lo salvara. El difunto devolvió la capa al doctor, y su blanca silueta y la

gris del padre, se desvanecieron juntas,
cual sombras dantescas, á lo largo de los
claustros tenebrosos.

Sonaron de nuevo las llaves.

Silbaba el viento y lloraban las nubes
en silencio

CHARLA CANINA

XV

CHARLA CANINA

A pesar del sentimental discurso de Lord Byron en la tumba de su perro ó algo así por el estilo; no obstante las consideraciones de Schopenhauer sobre el mismo cuadrúpedo, quien (el filósofo) declara preferir la amistad canina á la de todos sus compatriotas juntos, los alemanes; tomando muy en cuenta el sacrificio de Ricardo Wagner, cuando en plena miseria y en plena lucha por la gloria, allá en Paris, tuvo que vender su chaleco para dar de comer á su hermoso perro de *terra-nova*; y por último, descubriéndome con sincero respecto ante la

tumba de Barry, el heroico perro *sanbernardo*, en cuya foja de servicio están gravados los nombres de cuarenta personas salvadas por él de entre la nieve, y muerto al fin de trágica manera; no obstante todo esto, créo que al perro, como á muchas otras cosas, se le va pasando la moda.

Los tiempos no están para tanto perro. En general, animales sobran y falta gente. Antes, era materia de lujo un par de cuzcos peļados para los piés de la cama, en noches de invierno; ahora este sistema de calefacción animal no pasa de una inmun-dicia. Pero esto no quiere decir que nuestros abuelos hayan sido más sucios que nosotros. ¡Que esperanza! Lo que hay es, que ellos entendían la suciedad de otra manera; era otro su criterio en materia de limpieza, porque no conocieron microbios.

Hoy en día, un vaso de agua cristalina no filtrada, es mirado por muchos con horror, mientras que antaño, se le bebía con delicia.

Decía que los tiempos no están para tanto

perro, especialmente en las ciudades. Sin embargo, llamemos á la puerta de muchas casas, y verán como estalla una cuadrilla de cuzcos de distintos formatos y pelaje. Afluyen al patio de todos lados y se precipitan á la carga contra el que llega como si se tratara de un salteador. A veces el loro que está allí, más aburrido que un portero, se entusiasma con el algazara, y por entre el pico atiborrado de pan con leche, anima á los cuzcos con un succulento ¡chúmale! Entonces el zaguan se nubla de perros y el intruso se encuentra bloqueado.

Es inútil que trate de apaciguarlos llamándolos por sus floridos nombres: jazmín, diamela, clavel. Es mejor que espere sin moverse hasta que acuda la sirvienta. Esta ninfa se presentará al fin con una cara muy poco halagüeña, y como á los veinte metros de distancia, y sin importársele un bledo del bullicio canino, nos gritará — ¿Quién es? — Le contestaremos — yo soy — y quedaremos en la misma, porque hay mucha gente que se llama — yo soy — y porque los perros no dejan oír absolutamente nada.

Entonces la ninfa, inclinándose como si fuera á levantar una piedra, amenazará á los perros con un temible *jaguá verá!*

Al grito, la nube canina se disipa en remolino, ladrando y aullando, entre resentida y temerosa, y vuelve á sus puestos respectivos, es decir, á las camas, sillones ó sofás.

Haga la prueba el lector y cuente, al andar por las calles, los perros que vea. Encontrará sin duda al choco criollo compadre, de cuerpo empalizado, cola enroscada y dura como coçorrón de boliche; al pelado, cabeza baya y plumerito moro en la cola; al cuzco blanco, lanudo y sucio, de panza rosa á fuerza de uña, que por lo general suele llamarse jazmín ó diamela, según el sexo, y por último, á un nuevo tipo de cuzco importado no ha mucho, y que va cundiendo con la rapidez de la influenza: me refiero a esos ñatitos bayos boca negra, cabeza de sapo reventado, caras de idiotas (y lo son completamente), ojos saltados y dientes salidos; una verdadera calamidad, estéticamente considerados, sin rol, ni gracia ni instinto recomen-

dable, por más que sus inventores, los ingleses, según entiendo, digan que son muy *ponitos*.

Verá también al perro grande criollo, mestizo ó fino, borneándose entre los cuzcos con aire despreciativo. Toda esta réeua canina anda de ociosa y en procesión diurna y nocturna, aplanando veredas, gruñendo y levantando la pata por quítame esas pajas; mientras que en los frisos, paredes y puertas de calle, se dibujan con toda nitidez, caprichosos arabescos, Américas, Africas y Oceanías.

En China y en Turquía abundan los perros, es verdad, pero también es cierto que no son los pueblos más limpios. Después, en China, los perros se comen, mientras que entre nosotros sería una injuria grave aconsejar á esa pobre gente, que declara á gritos morirse de hambre, echase al horno el cuzco más gordo de la tropa que *mantiene* á costillas ó jamones del vecino.

—¡Comaselos usted, su perro cochino!
—nos dirían seguramente.

En fin; soy partidario sincero de la pro-

tección á los animales, así que no pido la muerte para los perros, sino que los suspendan. . . . que se limite su propagación, porque este noble animal no necesita haber leído *Fecondité* para triplicarse en un año.

ASHAVERUS

XVI

ASHAVERUS

¿Quién es un hombre de aspecto taciturno, mirada vaga y andar sonambulesco, que hablando atrae, y escribiendo resulta un pensador?

Un señor que de negro siempre anda vestido, gasta blando zapato, chambergo alado y algunas veces su poquito de melena; que al caminar no mete el menor ruido; que nada mira y que todo vé, (lo que sí es un gran mirón del sexo bello); que tiene tan bien calada á nuestra gente, que la conoce tanto, como el frutero conoce sus melones.

Es un filósofo por dentro y fuera, un raro de talento, un esceptico afable, sin odios ni

rencores, que se deja llevar por el río de la vida sin preguntar adonde, porque sabe muy bien que ciertas cosas es inútil tratar de averiguarlas.

Sin muchas inquietudes, ilusiones ni temores, con cáchaza oriental, pero sin una pizca de nirvana, boga sereno, fumando en la gran pipa del intrincado mundo, sin mirar con insistencia ni hacia atrás ni hacia adelante, y así vá gozando con el poco de verdad y de belleza que en el camino encuentran, los que como él, tienen un espíritu sensible y en la ciencia y en el arte créen.

Hombre de hielo, al decir de algunos, pero al que veréis no obstante, con los ojos húmedos de lágrimas cuando emite ó escucha un pensamiento delicado, bello, noble ó bueno.

Escritor original, de estilo cervantesco cuando le dá la gana, y que aun diciendo mucho, es más lo que sugiere, porque su pensamiento siempre obliga á interpretar, siempre deja que raspar, como las inolvidables pailas de brillante cobre, en que nuestras abuelas confeccionaban el dulce de membrillo, y que los nietos, armados de

cucharas, pedíamos á gritos, concluida la faena, aunque después crugieran las barrigas con el dulce caliente y hubiera que acudir á los emplastos.

Es el autor de «Tierra Adentro» en donde el filósofo y el observador campean juntos, y autor también de otras cosas inéditas muy buenas, según dicen, aunque no lo sea de los días de nadie, lo cual, al fin, no tendría mérito ninguno, pues de lo contrario, debiéramos aplaudir al primer botarate que pasa por la calle.

De él dijo alguna vez Rubén Darío: «es un judío errante cordobés, de aspecto socarrón, palabra amable y poca, juicio bastante, sencillez innata, experiencia de las cosas de la vida y una afección ó especie de poético amor por la vida de las cosas». ¿Y ahora lo conocéis?—Ahora sí: es don Amado.

Pues había sido usted muy lerdo.

FRIEDENTHAL

XVII

FRIEDENTHAL

Cuenta Darwin en su célebre viaje de cinco años, que una vez, recorriendo las espléndidas selvas del Brasil, aturdido por el infernal vocerío de los monos, el algarazara de los papagallos, el zumbiar de los insectos y el intenso perfume de las flores, se extravió completamente, estando á punto de sufrir hambre. Cuando por fin dió con la venta ó posada salvadora, dirigióse á su dueño pidiendo algo de comer.

— Aquí — dijo el ventero con toda petulancia — aquí se sirve lo que se pide — ¿Qué gusta usted?

— Principiaremos con pescado — dijo Darwin.

— Casualmente no tenemos señor.

— Pues entonces tomaré un pollito asado.

— Ayer se me han concluído, señor.

Por último la cuestión vino á resolverla un plato de fariña más ó menos negra y un jarro de agua más ó menos turbia.

Con motivo de encontrarse entre nosotros el genial artista Friedenthal, se discutía en un grupo de amigos sobre el decantado gusto por la música, que, al decir de las gentes, existe en Córdoba.

Hechos y no palabras, dijo alguien. Bien pues; si es verdad que aquí se aprecia la buena música como en ninguna otra parte, es lógico suponer que un gran artista pueda pedir Córdoba *lo que guste*, sin temor de que le pase lo que á Darwin en la venta. Sin embargo no fué así.

Se trata de un artista de fama mundial, que si bien no ha revolucionado las ciencias naturales ni ha sufrido hambres en las floridas selvas del Brasil como el sabio inglés, en cambio ha sublimado y conmovido hondamente los espíritus con su arte in-

comparable. Y si es verdad que Orfeo, consiguió con su música, adormecer al Cancerbero y cautivar á Proserpina en pleno infierno, Friedenthal con su piano, hubiera sido capaz de conquistarse al infierno íntegro, desde Plutón hasta el último diablo foguista.

A una ejecución verdaderamente gigantesca, se reúne un temperamento delicadísimo, exquisito; por eso es que en ciertos momentos no se sabe si el artista es un ángel ó un demonio; si se trata de una protesta ó de una plegaria. El instrumento tiembla de terror y de cariño bajo sus manos, porque tan pronto puede ser herido de un zarpazo, como acariciado por suavísima brisa. Friedenthal tiene la bravura del león, la majestad del cóndor, la gracia inimitable de la golondrina y el aleteo suave y sedoso de la mariposa. La manera de herir la nota es tan original, que muchas veces llega casi hasta cambiar el timbre del instrumento, haciendo pensar en el órgano ó en el violoncelo aunque se esté oyendo el piano; es decir, llega hasta modificar lo esencial, lo invariable, lo característico de todo instru-

mento: el *timbre*. Gracias á todo esto, Friedenthal consigue hacer resaltar aquellas frases más notables de cada autor, las que muchas veces suelen hallarse como perdidas en un mar de notas: él las descubre al instante, y apoderándose de ellas, surje á la superficie cual un buzo, con las manos llenas de perlas.

Beethoven, el sordo inmortal, el Goethe de la música, Mozart, el niño triste y risueño, Chopín, el sublime histérico, Wagner, el anarquista del sonido, Liszt, el león del piano, Mendelssohn, Henselt, Schumann y tantos otros génios, resucitan, hablan, sienten, cantan y lloran, es decir viven, en manos de Friedenthal.

CANTOS RODADOS

XVIII

« CANTOS RODADOS »

José María Vélez, el rubio de aspecto apacible, pero tan nervioso, rápido y vehemente como un cachorro de león de esos que él pinta descuadrilando cabras y carneros, surge de nuevo con un nuevo libro.

La Casta, Cumbres y Quebradas, y ahora Cantos Rodados.

Estos Cantos Rodados, lejos de acusar, como la ciencia enseña, una corriente de agua que pasó en tiempos lejanos, nos muestra el torrente impetuoso y bullidor, que actualmente los pule y redondea.

Se ha dicho con verdad, que una obra de arte, es la naturaleza vista al través de un

temperamento. Vale decir, que el temperamento es como un cristal que se interpone entre el autor y el mundo; y es claro que según el color de ese cristal, han de resultar las cosas.

Los pesimistas ven todo negro, ó por lo menos ceniciento, de lo que se deduce que su cristal está ahumado. Otros ven azul, verde, éstos son los simbolistas é ilusionistas. Los que llegan á ver con luz blanca, natural, son los genios de la talla de Goethe.

El cristal de Vélez es policromo, sin encontrarse el color negro; por eso es que sus Cantos Rodados brillan y chispean con mil matices.

La naturaleza que él nos pinta, es exacta en el fondo, pero muchas veces se la ve desaparecer entre las llamaradas de su entusiasmo poético, como Elias, el profeta, en su carro de fuego. — Si alguna vez en sus páginas hay obscuridades, es por exceso de luz. — Los extremos se tocan.

Al cerebro de Vélez me lo figuro vibrando como un cinematógrafo. Las imágenes llegan en tumulto, se estrujan, se

mezclan y confunden. Las placas pasan zumbando y desaparecen en torbellinos vertiginosos, como bandadas de pájaros asustados. De ahí esa constante inquietud, ese extrépito, esa exuberancia de colores que percibo en sus cuadros, y que alguna vez producen el vértigo.

Falta, sin duda, la nota dulce y tranquila, la nota justa de la naturaleza: lo que en música correspondería al *modo menor*.

Para mí, es decir, según mi cristal ó vidrio ordinario, la naturaleza en general, es siempre sencilla, hermosamente sencilla; imponente, suave y penetrante como la mirada de una diosa griega. Hace pensar, conmueve y levanta el espíritu, pero rara vez lo sacude y agita con violencia. Su contemplación dilata y ensancha el alma, como el gas al globo, para después remontarlo en silencio á la región del misterio.

Por lo tanto, el exceso de colores, los adornos complicados, la inquietud desmedida, no le sientan bien á la naturaleza, como tampoco le sentarían á una mujer hermosa.

Pero hay mucha luz, mucha vida, mucho espíritu vibrante y noble en Cantos Rodados.

Las dos páginas del colibrí valen por un poema.

NOCHE DE PERROS

Pero hay mucha luz, mucha vida, mucho espíritu vibrante y noble en Cantos Rodados.

Las dos páginas del colibrí valen por un poema.

XIX

NOCHE DE PERROS

En el mes de Septiembre — hace ya mucho tiempo — llegaba yo y mi sirviente á la estancia « La Choza » del ilustre doctor Irigoyen, munido de una recomendación de dicho hombre de estado para su administrador el señor Zalazar, cordobés como yo y un cumplido caballero, como suelen serlo todos los cordobeses trasplantados, sin que esto quite que los de almáciga también lo sean. Supongo que á nadie le importará saber á qué iba yo á « La Choza »; pero si alguien se interesa, por aquello de que todos quieren meterse en lo ajeno, no tengo inconveniente en satisfacer su necesidad:

iba con el estómago por los suelos, es decir, enfermo de esa víscera *sine qua non*; me faltaba lo que le sobra al avestruz: pepsina, y tenía la esperanza — si es que un enfermo del estómago puede abrigar alguna — de levantarlo en el campo. Fui, pues, recibido con todas las atenciones imaginables por el señor Zalazar.

— El amigo Gil querrá salir á caballo, ¿no es verdad?

— Con mucho gusto, señor.

— Pues entonces le haré ensillar el *mala-cara* de don Bernardo, su caballo de confianza.

— Tanto honor! — Monté en el gran *mala-cara* — una especie de cilindro envuelto en grasa — tan estúpidamente gordo, que hasta las articulaciones habían perdido la noción de sus funciones. El animal se movía *de una pieza*, así como esos caballos de madera que usan los niños y que tienen clavadas sus cuatro patas en dos balancines de silla-hamaca.

Intentamos galopar, pero en menos tiempo que canta un gallo enano, me encontré tendido de boca sobre un cardal lustroso. Este

fenómeno, según Zalazar, se debía á que don Bernardo nunca galopaba, así que el *malacara* había olvidado el mecanismo del galope; por lo tanto se trabó y lo demás fué por cuenta exclusiva de la ley de gravedad. Hice presente que en tal caballo no podía andar seguro un candidato á la presidencia y volvimos á las casas.

—Venga amigo Gil, le mostraré algo muy notable, me dijo Zalazar, señalando una jaula de hierro. — En el primer momento creí ver un par de tigres de Bengala que se abalanzaban furiosos al mirarme.

— Estos son dos perros de raza mastín — me dijo — traídos de Inglaterra. El doctor los quiere mucho, y son mansos con él; pero ya han hecho pedazos (la ropa por lo menos) á varias personas, y en los días nublados, cuando salen á retozar en los potreros, generalmente matan vacas, novillos, ovejas ó lo primero que se presenta: se les prenden del hocico ¡y al suelo! — en seguida colmillo á la garganta, y asunto concluido. Eso lo hacen como por vía de ejercicio. Ahora los largarán como de costumbre para encerrarlos al anochecer.

Francamente, me hizo muy poca gracia todo este relato, pues un peligro, por más lejano que esté, nunca hace gracia.

— Como Vd. estará cansado — me dijo Zalazar después de comer — lo acompañaré hasta su cuarto para que se acueste; tendremos que andar unos cincuenta metros; pues le hemos arreglado pieza en la casa del doctor, así que Vd. y su sirviente serán los únicos habitantes de ella por lo pronto.

Efectivamente, me encontré dueño y señor de un gran caserón, rodeado por un espléndido bosque de eucaliptus. Viéndome instalado el señor Zalazar, dió las buenas noches y se fué. Mi sirviente se acostó en la pieza contigua á la mía y yo me quedé en la galería, no sin sentir un cierto mal-estar indefinido, producido quizá por encontrarme solo, de noche, en una casa desconocida y vacía, rodeada por un bosque tenebroso y todo esto sumergido en profundo silencio: el silencio del campo.

La atmósfera estaba *pesada*, aunque el barómetro dice que en tal caso está liviana. Una tormenta de primavera formada por espléndidos *cúmulos*, esas nubes blancas

nacaradas, de curvas ampulosas y torneadas como alfeñiques gigantes, iba trepando lentamente el horizonte al compás de sus salvas eléctricas: parecía un inmenso acorazado que viniera dispuesto á bombardear al planeta. Así serán probablemente los globos de guerra que usará la humanidad dentro de mil años, pues supongo que nos seguiremos matando hasta esa fecha..... pero esto no tiene nada que ver con los perros. A cada instante el rayo, con su espada en zig-zag, atravesaba con furia las entrañas de las nubes, partiéndolas en tajadas luminosas. A los dos ó tres segundos llegaba el estampido del trueno, certificando el oído lo que los ojos habían visto.

Luego nomás el bosque principió á dejar sentir ese rumor característico de la llegada del viento, entremezclado con las voces de alarma dada por los animales: el grito de las gaviotas, del teru-teru, de las caseritas y uno que otro pájaro mal instalado en el ramaje; el relinchar de las manadas, el balido de las ovejas, que remolineando, van á amontonarse en un ángulo del corral, con las cabezas bajas, formando con sus cuer-

pos una mancha blanca é inmóvil, la que el relámpago hace surgir á intervalos de entre las tinieblas.

Cuando principiaron á caer las primeras gotas, esas gotas tibias, grandes como cuentas de cristal, propias de las lluvias primaverales, y el exquisito olor á tierra mojada invadió la atmósfera — perfume debido, según Berthélot á un humilde microbio — resolví acostarme para oír llover á mi gusto.

Había dejado la puerta entreabierta y me encontraba sentado en la cama á la luz de una vela y á medio vestir, con una pierna en número cuatro y con ambas manos y mis cinco sentidos puestos sobre un impertinente nudo ciego que había hecho presa en una de mis poláinas; esos nudos insolubles que no aflojan ni á diente con saliva y que por último hay que aplicarles el sistema del gran Alejandro — me hallaba en tal posición, decía — cuando sentí algo así como una de las notas más graves del órgano, y levantando la cabeza, ví un perrazo enorme á mi lado en actitud de atacar, brillándole un par de ojos inmóviles y amarillos como dos esterlinas.

No hay duda que en un gran peligro se piensa más cuerdamente que en un percance de poco valor. Al instante me dí cuenta de que si me movía, quedaba convertido en menudo picadillo; así que permanecí más quieto que un poste, con las dos manos puestas sobre el nudo ciego y los cinco ó seis sentidos sobre el mastín. Ignoro que tiempo pasamos en ese estado, pero algún buen rato debió ser porque al fin, el perro, resolvió echarse, pero sin cambiar de sitio ni de visual. Me miraba este bruto con tal insistencia y fijeza, que parecía en éxtasis, haciendo yo, por lo tanto, el papel de visión. Intenté resolver el problema de llegar con la cabeza á las almohadas. Según mis cálculos, en dos horas debía llegar—si el perro no disponía otra cosa—moviéndome á razón de un centímetro por minuto. Iba yo descendiendo la curva con toda felicidad, repartiendo las miradas entre el animal y las almohadas, cuando sonó con extrépito un elástico del colchón. Al mismo tiempo, se puede decir, rujió el perro, levantándose como impulsado por un resorte. Por lo visto, la *ecuación personal*—y dispensen

los astrónomos—ó el *tiempo fisiológico* de tal bruto, era mínima. Me miró un momento y volvió á echarse gruñendo. Aproveché este acto de generosidad para llegar á las almohadas. Después fuí subiendo las piernas con la mayor cautela imaginable y quedé acostado en forma. Al poco rato, la vela entró en agonía y expiró, entregando su espíritu á la atmósfera.

De vez en cuando un relámpago iluminaba la pieza; entonces tenía la satisfacción de ver en el mismo sitio á mi *fiel* guardián. La situación al fin, iba resultando pasable. Con tal de no dormirme, para evitar ronquidos ó cualquier movimiento fuera de programa, estaba salvo. Me dediqué, pues, á pensar en cualquier cosa hasta que amaneciera, pero resultó que se me agotaron todos los temas y no amanecía ni á cañón.

Felizmente la Luna, cual una monja encaustrada y curiosa, asomaba á cada instante su cara blanca y redonda por entre las grietas de las nubes en movimiento y los barrotes de una ventana que tenía al frente.

Por fin la Tierra enderezó su lomo, pero

recién como á las nueve de la mañana se dejó sentir una sirvienta, que golpeando la puerta me preguntó si deseaba tomar algo.

— Tomaré el portante, le contesté, después que saquen este perro.

— ¿Qué dice señor?

— ¡Que entre y saque este animal!

— ¿Pero que se habrán salido los perros? refunfuñó la mujer, entrando á la pieza.

— ¿Y el otro? — dijo.

— ¿Qué otro?

— ¡El otro perro!

Entonces se dejó sentir una voz como de ultratumba que decía: — aquí está desde anoche haga el servicio

Era el pobre de mi sirvienta que hablaba por entre las mantas y almohadas que se había echado sobre la cara.

ÍNDICE

De Joaquín Castellanos	V
I — Cielo y Tierra	3
II — Pato hediondo	19
III — Tipos que pasan	29
IV — Cinematógrafo campestre	39
V — Espíritus en quiebra	53
VI — Sobre el rastro	65
VII — El asegurador	79
VIII — Cosas viejas	89
IX — Una novena en la sierra	105
X — Los insuperables	133
XI — Nos volvemos yesca	139
XII — Diálogo nocturno	149
XIII — Intermezzo	165
XIV — Velorio siniestro	175
XV — Charla canina	183
XVI — Ashaverus	191
XVII — Friedenthal	197
XVIII — « Cantos rodados »	203
XIX — Noche de perros	209

